

RICARDO GIL

OBRAS COMPLETAS

DE LOS QUINCE  
A LOS TREINTA

I

MURCIA  
1931

BIBLIOTECA REGIONAL



1122357

8  
lit. 36479

DMU

5916







RICARDO GIL

1.º de Febrero de 1855. — † 1.º de Diciembre de 1907

RICARDO GIL

---

OBRAS COMPLETAS

DE LOS QUINCE  
A LOS TREINTA



MURCIA  
TIP. SAN FRANCISCO  
1931

BIBLIOTECA REGIONAL  
MURCIA

17. 137.846

BIBLIOTECA  
C.M.U. Dr. RAFAEL MENDEZ

ES PROPIEDAD



## Al Lector

LA Excelentísima señora Magdalena Gil, viuda del ilustre académico de la Historia don Adolfo Herrera, ofrece al público ésta edición *De Los Quince a Los Treinta, La Caja de Música y El Ultimo Libro*, tres bellos tomos que constituyen la obra esencial del poeta más amablemente profundo, delicado y exquisito, que floreció en los jardines fragantes de la moderna lírica española.

Esta edición, costeada por la hermana del lírico glorioso como tributo al recuerdo de su

hermano, la exige la generación actual desconocedora del precioso *valor* Ricardo Gil, artífice eminente y poeta sin mácula, a quién la crítica más docta ensalzó justiciera y todos los corazones bien nacidos alabaron por ser *sincero* vate.

La presente edición brinda al público, no solo el contenido de los tres afamados volúmenes del poeta, sino algunas composiciones excelentes que han aumentado el lírico raudal, coleccionadas por Ricardo Gil en sus cuadernos. Al *Ultimo Libro* pertenecen esas inéditas poesías. Dicho volumen fué editado a espensas del ilustre Ayuntamiento de Murcia, encomendada su dirección a una comisión de literatos. No obstante, hemos creído lógico establecer una hilación nueva en la parte objetiva y subjetiva, por considerarla necesaria al repasar los originales poéticos del libro y teniendo en cuenta los que han agrandado el tesoro original. *Mater Dolorosa* reaparece como estaba en su edición primera. Las *Narraciones* las hemos agrupado como lo demandaba su naturaleza común. Aunque todas constituyen una familia ilustre de legítimo parentesco, se relacionan con mayor o menor intimidad, según el asunto que las informa y el rasgo saliente que define a cada una. Ese

interesante conjunto narrativo nos revela a Ricardo Gil con la originalidad importante entre nosotros de un Francisco Coppée en la poesía francesa, no tan numeroso en *argumentos* como éste, pero más delicado en su perfume evocador. *Lobo de Mar* enriquece la colección narrativa del último volumen. *Varia* obedece a otro plan diferente del guardado en la primera edición. A las *Cartas Intimas* tan personales y esenciales, se han unido dos más: la dedicada al insigne poeta de *Efímeras y Lejanías*, crítico docto, y la que se refiere a *Ternuras Errantes*, de E. Martí, en una silva aconsonantada púlcramente, a Jacobo M. Marín-Baldo dedicada. *Ideas Sueltas*, han modificado su antigua enumeración y hacen gala de un grupo numeroso y selecto, de fisonomías encantadoras en su expresión inconfundible. Tales rasgos poéticos de Gil son un modo sin duda seductor, natural y sintético en su estilo, pero inimitable en su difícil sencillez.

*De Los Quince a Los Treinta y La Caja de Música* lucen dos apéndices compuestos de los mejores estudios realizados por las plumas hispanas e italianas a quienes inspiró un claro juicio la musa del poeta inolvidable. A Federico Balart, Luis Vidart, Andrés Baque-

ro, A. Cesáreo, Ricardo Catarineu, Fernández Bremón, Eusebio Blasco, Zeda, Luis Sibóni, Alvarez Sereix, Teodoro Llorente, Augusto Vivero y Mario Pilo, se deben esos estudios sinceros y jugosos. La traducción del artículo italiano de Cesáreo, fué hecha por don José Marín-Baldo, notable escritor y arquitecto eminente; la del estudio perfecto de Pilo, autor de la *Estética Integral*, la realizó J. M. Marín-Baldo.

*La Caja De Música* lleva antes del Apéndice una poesía de *Ferrari* cuyos endecasílabos armoniosos definen con emoción la obra cumbre de Gil. Un delicado soneto del autor de *Ofertorio Sentimental* saluda, reverente, en alejandrinos augustos y sonoros, al poeta inimitable de *La Caja De Música*.

Al *Ultimo Libro* lo corona el unánime tributo que la Prensa de Madrid dedicó en su fallecimiento al célebre poeta.

Su hermana amantísima dá a la pública luz esta edición en Murcia, ciudad bien amada del lírico inspirado cuyos restos mortales reposan en un nicho de la capilla familiar Herrera-Gil, edificada en Nuestro Padre Jesús, el murciano Cementerio.

Aunque la obra del poeta admirable se reedita para España y los países nutridos por

el hermoso idioma castellano, acepte Murcia la ofrenda que le hace la hermana del dulce ruseñor, cadencioso, sensible y melancólico en su acento: porque la noble tierra madre de Salzillo, Saavedra Fajardo, Floridablanca, Selgas y Balart, lo fué de este desencantado y encantador Ricardo Gil.





DE LOS QUINCE  
A LOS TREINTA





## INVITACION

Y o tengo en mi bodega un vino añejo  
que no empaña el cristal con turbias heces,  
que nunca me ha negado un buen consejo  
y que me alegra a veces.

No recuerdan la sangre las süaves  
pálidas tintas que en el vaso toma,  
sino el albor que por el cielo asoma  
despertando a las aves.

Insípido será para el gastado  
paladar que lo nuevo solicita  
y busca el grano aquel recién pisado  
que embrutece o que irrita.

Tampoco halagará por incoloro,  
por falta de dulzura y de fragancia,  
si se recuerda el bálsamo que escancia  
el genio en cáliz de oro.

Pero en cambio disipa en un instante  
todo amargor del labio que perfuma,  
cual se disipa, en círculo brillante  
al estallar, su espuma.

Grato calor al corazón envía,  
no incendio de fugaces llamaradas;  
y engendra, no ruidosas carcajadas,  
dulce melancolía.

¡Oh viejo y fiel amigo que discreto  
vigor me dás en la constante prueba,  
no libar nunca el zumo te prometo  
de la vendimia nueva!

Bien sé que tu embriaguez no es sobrehumano  
éxtasis en que el alma estremecida  
consigue de la esfinge de la vida  
traducir el arcano;

ni el sueño del profeta, que entre asombros  
ve surgir de las sombras lo futuro  
y caer a sus plantas hecho escombros  
inaccesible muro;

ni la fiebre del genio abrasadora,  
cuando en sublimes vértigos asciende  
por escala de estrellas y sorprende  
la palabra creadora.

Lo sé; pero también ¡oh, buen amigo!  
sé que en tu noble, transparente seno,  
hallar no puede protector abrigo  
mortífero veneno.

Que tú no inspiras ambición bastarda,  
ni entre tus ondas opalinas late  
esa duda ruín que en el combate  
los pechos acobarda.

No espero que, mi espíritu cegando,  
con esa inútil cólera le acosas,  
que lleva a golpear el venerando  
pedestal de los dioses.

Ni empujarás mi sér hacia el abismo  
de cieno y de dolor que el vicio habita,  
donde en horrible convulsión se agita  
verdugo de sí mismo.

Ni harás que uncido a muchedumbre ignara,  
descubierta la sien, arrastre el carro  
del ídolo grosero que elevara  
la Fortuna, del barro.

. . . . .

Lo sé, mi viejo amigo; no es bastante  
este dulce calor que de tí exhalas  
para que nazcan las potentes alas  
del águila gigante.

¿Mas qué me importa? El alma que no anhela  
mundos hollar en ascensión divina,  
sólo aquéllas envidia con que vuela  
humilde golondrina.

Ellas me bastan: ni soñé, ni espero  
alzar el vuelo más que hasta la altura  
en que logro evitar la espina dura  
que brota en mi sendero.

Con ellas burlaré del infecundo,  
encanecido invierno, los rigores,  
que en todo tiempo hay climas en el mundo  
amigos de las flores.

. . . . .  
Lector: el vino que a ofrecer me atrevo  
no es dulce, y en el alma no provoca  
ni el delirio del genio, ni la loca  
risa del vino nuevo.

Cuando su espuma a la cabeza sube,  
no engendra pesadilla abrumadora,  
sino la ciñe con ligera nube  
del color de la aurora.

Si turba la razón su dulce fuego,  
es su locura la inocente y brava  
que por los campos de Montiel llevaba  
al hidalgo manchego.

Ya lo sabes, lector: si por mezquina  
la ofrenda no rehusas, y en el rancio  
licor buscas alivio a tu cansancio,  
tiende tu copa, el ánfora se inclina.



## II

### EL ULTIMO JUGUETE

En las nevadas ropas medio escondido  
de aquel lecho revuelto y abandonado,  
donde el pobre inocente tanto ha sufrido,  
el último juguete yace olvidado.

Al verlo, tibio llanto los ojos llena,  
recordando del ángel la breve historia...  
Báñalo en paz la tarde con luz serena  
y en el vecino templo tocan a gloria.

Allí está. Sus caricias en vano espera  
llorando con lenguaje sencillo y mudo...  
Helada está la mano blanca y ligera  
que el último juguete romper no pudo.

Allí está. Por inútil se le abandona,  
sobre el desierto lecho que el tiempo enfría.  
Nadie el humilde objeto, nadie, ambiciona...  
y sin embargo, el niño le sonreía.

Tal vez fué deseado con ese ardiente  
afán que es de las almas fiebre y locura  
y sólo llegó a manos del inocente,  
cuando ya le esperaba la sepultura.

Lo que no consiguieron sabios doctores,  
ese pobre juguete lo ha conseguido  
calmando la crudeza de sus dolores,  
en sus labios ahogando más de un gemido.

¿Quién abrevió sus horas negras y amargas?  
¿Quién de su blanca frente disipó el ceño?  
El enfermo en las noches de insomnio largas,  
abrazado al juguete concilió el sueño.

Si la caja con forro de blanca seda,  
postrer nido del ángel, es reducida,  
haced otra más grande para que pueda  
guardar lo que él amaba más en la vida.

No separarlos. Vibra con tono extraño  
una voz en el alma que nos lo advierte.  
Por algo Dios dispuso que al desengaño.  
precediera temprana, dichosa muerte.



No separéis aquello que unió el cariño.  
No toquéis lo que es digno de la inocencia.  
Respetad el juguete del pobre niño:  
fué la ilusión postrera de una existencia.

Morir bajo el influjo de aquel encanto  
fué robar a la muerte dulce victoria.  
Por eso, aunque los ojos arrasa el llanto,  
por eso las campanas tocan a gloria.

.....  
Risueñas ilusiones, falsos cristales,  
que el deseo en diamantes trasforma ciego,  
¿qué sois sino juguetes que los mortales  
ambicionan, consiguen y rompen luego?

Y cuando ya al sepulcro se ven cercanos,  
¿qué sois para los hombres? Peso importuno;  
restos no más de aquellos juguetes vanos  
que ellos mismos rompieron uno por uno.

Feliz quien en su seno guarda y abriga  
el brillador juguete breves momentos,  
si a sorprenderlo llega la muerte amiga  
antes que de sus manos caiga en fragmentos.

.....  
Allí está. Con lenguaje sencillo y mudo,  
del niño nos recuerda la breve historia.  
El último juguete romper no pudo...  
Bien haces, campanero, tocando a gloria.



### III

## A UNA HERMOSA QUE COJEA

**S**i es defecto, en verdad desaparece  
por ser tuyo no más, pues de igual modo  
luz tiene el sol para dorarlo todo,  
belleza tú, que todo lo ennoblece.

Ser tu apoyo es un bien que me envanece;  
feliz a ese defecto me acomodo.  
Sin él ¿qué hubiera en tí de humano lodo?...  
¿Ni qué mortal entonces te merece?...

Tu breve pie vacila, se resiste  
a hollar la tierra vil; así resbalas,  
sin la seguridad del vulgo triste.

Aun no sabes andar, pues todavía  
suspendida te crees de leves alas.  
¡Amor también, sin ellas, cojearía!

#### IV

**S**i alguna vez a mi escondida puerta,  
por compasión o por capricho, acierta  
a llamar la Fortuna,  
con voz, ni descortés ni aduladora,  
he de decirla: «Perdonad, señora,  
pero venís en hora inoportuna».

Hace ya mucho tiempo, con fe ciega  
la visita esperando que ahora llega,  
batalla inútil afronté bizarro.  
¿Mi ruego no ha sonado en vuestro oído?...  
¡Oh! ¡Si entonces hubiérais detenido  
el alígero carro!...

Pero tanto ha tardado este momento,  
que antes que vos, aunque con paso lento  
y caduca apariencia,  
llegó a mi hogar, y en él es soberana,  
esa gruñona y venerable anciana  
que los hombres llamamos «Experiencia».

Por ella sé que en el favor mudable  
ocúltase la pena miserable,  
como reptil que en la maleza duerme:  
que sois inútil para mí, barrunto.  
—¿Qué quieres?— me decís; y yo os pregunto:  
—¿Qué podeis concederme?...

¿Podeis hacer más blanca la azucena?  
¿más claro el manantial que sobre arena  
silencioso resbala?  
¿más tierno de la tórtola el arrullo?  
¿más imponente el reto que en su orgullo  
borbota el mar cuando la nube escala?

¿Podéis hacer la brisa más fragante?  
¿más azul el espacio? ¿más vibrante  
la dulce voz del ruiseñor en celo?  
¿multiplicar del iris los colores?  
¿aumentar una flor en los alcores?  
¿una estrella en el cielo?

¿Podéis hacer acaso que no muera

la rojiza y fugaz arrebolera  
que las cimas corona?  
¿abreviar el letargo del invierno?  
¿añadir una estrofa al himno eterno  
que la fecunda primavera entona?

¿Podeis, en fin, al ánimo cansado  
un albergue ofrecer más apartado  
que el de los bosques plácido y bendito?  
¿y en cuál regio palacio haréis que vibre  
como allí, respondiendo al pecho libre,  
la voz del infinito?...

¡Oh! No: ¡de la inmortal naturaleza  
aumentar no os fué dado la belleza  
en que Dios resplandece!  
¡Llevar no puede vuestro cetro de oro  
un átomo a ese espléndido tesoro  
que a todos por igual nos pertenece!

Si tanto no podeis, de los serenos  
años de mi inocencia haced al menos  
que amanezca de nuevo un solo día...  
¡Menos aún! borrad la huella ardiente  
de aquel amargo beso que la frente  
me escalda todavía...

No es posible... Seguid, y a vuestro paso  
con los ojos cerrados, al acaso  
sembrad vuestros favores.

¿Oís?... La multitud ya se impacienta  
y rugé con la voz de la tormenta  
ávida de poder, riqueza, honores...

¡Poder! ¡Palabra que me inspira miedo!  
¿Cómo soñar con él, yo que no puedo  
en mi mismo reinar? ¡Vana quimera!  
¿Ni qué favor es ese al que acompaña  
la adulación servil, la envidia huraña  
y la calumnia artera?

El genio dadme, y mi poder comienza,  
único que enaltece, no avergüenza  
al mismo a quien domina;  
pero el poder que vuestra mano arroja,  
mezcla de azar y fuerza, me sonroja  
y es digno sólo de ambición mezquina!

Guardad vuestras riquezas para el necio  
que a la virtud humana pone precio  
y que comprar la dicha así pretende.  
No extrañéis si su brillo no me ofusca;  
mi corazón tan sólo aquello busca  
que al oro no se vende.

Doren del vano la existencia fútil;  
del torpe avaro con su peso inútil  
la conciencia zozobre,  
que no por ellas vende su reposo



quien el pan del trabajo halla sabroso  
y lo hace aun más partido con el pobre.

¡Honores!... Pero, acaso se reduce  
la honradez a una joya que reluce,  
a rica banda, ni a pomposo nombre?...  
¿Qué honor me podéis dar que no me afrente,  
si de Dios recibí ya la eminente  
dignidad de ser hombre?...

Como inocente alondra, reclamada  
por pérfido espejuelo, fascinada  
hacia la muerte corre,  
yo también en pos vuestro corrí en vano  
al levantar, en día ya lejano,  
sobre movable arena frágil torre.

Pero tanto ha tardado este momento  
que ya de aquella torre sin cimiento  
ha arrasado las piedras fugaz ola;  
y al ver caer con ellas mi esperanza,  
ni una vez acusé vuestra tardanza;  
pero miento... ¡una sola!

Una vez —perdonad— cual temblar debe  
la mano que sacrílega remueve  
la tierra de un osario,  
tiemblo yo al profanar ese escondido  
rincón de donde brota hondo quejido  
con un eco de doble funerario.

Regresaba a mi hogar... lo hallé desierto.  
Quise dudar y murmuré: «no ha muerto».  
Mas de repente, realidad severa  
a mi memoria trajo, con espanto,  
de aquellos ojos, húmedos en llanto,  
la mirada postrera.

Con sed de blasfemar, el alma injusta  
en su estupor no vió la diestra augusta  
que la tormenta rige,  
sino insondable, lóbrego vacío:  
quiso llenarlo mi furor impio;  
recordé vuestro nombre y os maldije.

. . . . .  
Proseguid ya la marcha interrumpida,  
pues a esta puerta humilde y escondida  
tanto en llamar tardásteis, ¡oh Fortuna!  
que antes llegó esa anciana bienhechora.  
Por eso os digo: «Perdonad, señora,  
pero venís en hora inoportuna».

V

LA UNA DE LA NOCHE

Qué triste, turbando  
la calma nocturna  
los lejanos relojes, qué triste  
repiten la una!

Fugaz campanada  
se pierde en las sombras;  
solitario y medroso quejido  
de un alma que llora.

Sentado en mi lecho,  
las sombras calladas  
yo la miro surcar con el brillo  
de luz que se apaga.

Y al verla tan sola  
del mundo alejarse,  
con labios del alma murmuro:  
«¡Qué Dios te acompañe!»

Son tantas las noches  
pasadas en vela,  
que oigo ya con cariño ese débil  
acento de pena.

La frente en la mano  
reclino y espero  
cual la voz de un amigo, esa queja  
de espíritu enfermo.

A veces, cubriendo  
la voz solitaria,  
serenatas he oído, que alegres  
las calles cruzaban.

Y ha sido tan hondo,  
tan rudo el contraste,  
que he sentido a mis ojos ya secos  
el llanto agolparse.

Así cierta noche  
oí que cantaban:  
«Cual la una de triste y de sola  
se encuentra mi alma».

\*  
\* \*

En esos instantes  
parece que escucho  
de los seres que amé y que murieron  
abrirse el sepulcro.

En torno se agrupan,  
su aliento percibo,  
de su pecho, velado por sombras,  
escucho el latido.

Extraños rumores  
parece que imitan  
de una voz, ya apagada, ese timbre  
que nunca se olvida.

Quizás un delirio  
será; mas yo creo  
que el recuerdo es un puente impalpable  
que cruzan los muertos.

Me amaron viviendo,  
y el mundo en que moran,  
al saber que mi pecho aún les ama,  
quizás abandonan.

Y al verme cercado  
de seres que han muerto,

en ti pienso que aún vives... tu alma  
se encuentra más lejos.

Por eso me dice  
fugaz campanada,  
Sola y triste... ¡qué triste y qué sola  
se encuentra tu alma!

\*  
\* \*

El día que en tierra  
mi cuerpo descansa,  
cuando sepas que amándote he muerto,  
¡si acaso lo sabes!

Si al fúnebre doble  
tus labios elevan  
esa tierna plegaria cristiana  
que a nadie se niega...

Si acaso en las horas  
de paz y misterio,  
al que muere por tí, tu memoria  
consagra un recuerdo...

Oirás en la noche  
rumores extraños...  
el batir de unas alas... no temas,  
estoy a tu lado.

Y entonces, si escuchas  
llorosa y opaca  
en las hondas tinieblas perderse  
fugaz campanada,

Recuerda lo triste,  
lo solo que he muerto,  
y que el cielo abandono, bien mío,  
si allí no te encuentro.

Y siempre que mires  
la cumbre estrellada,  
«Aún allí, dí, ¡qué triste y qué sola  
se encuentra su alma!»





## VI

### DESPUES DE LA LLUVIA

Y a no suena la lluvia en la arboleda;  
fué nube de verano;  
ya se despeja el cielo y sólo queda  
como un rumor lejano.

Bajemos al jardín, bajemos antes  
que con sus llamas rojas  
deshaga el sol poniente esos diamantes  
que tiemblan en las hojas.

El profundo letargo en que yacía  
la ciudad sacudiendo,  
al través de esa verja, nos envía  
su bullicioso estruendo.

Ven, vida mía, ven, que ya las flores  
sus cálices levantan  
y se llena el jardín de resplandores  
y los pájaros cantan.

Apóyate en mi brazo; tibio ambiente  
la humedad evapora;  
ven, y el pasado susto alegremente  
me contarás ahora.

¿Te avergüenza decirme que has temblado  
del trueno al estampido?  
Pues dímelo tu labio sonrosado  
acercando a mi oído...

La tierra por la lluvia entumecida  
vigorosa despierta:  
Se respira el amor, y sorprendida  
el alma, grita: ¡Alerta!

Mas no al inútil vergonzoso miedo  
dará mi pecho abrigo;  
pues no he de huir, y derrotar no puedo  
a tan fuerte enemigo.

Ni ese triunfo ambiciono que convierte  
las flores en abrojos,  
ni ver el mundo quiero de otra suerte  
que a la luz de tus ojos.

Al porvenir la voluntad sin vana  
sospecha se abandone,  
¿Por qué dudar si volverá mañana  
ese sol que se pone?

Dime: ¿no te parece que las aves  
nueva canción estudian?  
¿Oíste nunca trinos tan suaves  
como esos que preludian?

¿No sientes que la sangre al rostro asoma  
con rojiza oleada  
al aspirar el penetrante aroma  
de la tierra mojada?

¿No se entornan tus ojos de repente,  
cual se entornaban antes,  
cuando el cielo rasgaban bruscamente  
relámpagos brillantes?

Abrelos, pues el fuego repentino  
que deslumbrando pasa,  
relámpago es también, pero divino,  
y el alma sólo abrasa.

Relámpago es también cuya luz viva  
breves momentos arde:  
acaso dure más la fugitiva  
púrpura de la tarde.

Mas yá que en nuestro cielo reverbera,  
su duración no importa;  
para olvidar la dicha verdadera  
es la existencia corta.

. . . . .

¿Por qué tiemblas? ¿Por qué con sobresalto  
huyes avergonzada  
de esa vieja pared en lo mas alto  
fijando la mirada?...

La ventana, quizás, que con incierta  
claridad se ilumina,  
te hace pensar que la dejó entreabierta  
curiosidad mezquina.

No temas: tu pudor no sufre agravio;  
toda inquietud aleja.  
Es la discreta lámpara del sabio  
la que el cristal refleja.

Sólo el sabio la enciende en el instante  
más hermoso del día,  
despreciando ese sol agonizante  
que brilla todavía.

No temas: a nosotros no descenden  
sus miradas curiosas;  
y aunque nos sigan a traición, ¿qué entienden  
los sabios de estas cosas?...

Al fulgor de esa luz que me entristece  
una frente adivino,  
que se inclina hacia un libro y que parece  
rugoso pergamino.

Frente que con rigores prematuros  
honda ansiedad blanquea:  
a la que dan su sombra los oscuros  
abismos de la idea.

Nunca anida el placer en esa frente  
severa y taciturna:  
en las ruinas su nido solamente  
cuelga el ave nocturna,

¡Oh ser extraño! tu saber profundo  
yo respeto y me indigno:  
para tí nada vale en este mundo  
lo que trazar un signo.

Las flores por su olor te desagradan  
y ves, sin pena alguna,  
enmudecer las aves que te enfadan  
con su charla importuna.

¡En vano la belleza un Dios piadoso  
vertió sobre la tierra!...  
Incomprensible sér, ¿qué misterioso  
desdén tus ojos cierra?...

¡Del corazón en la sonante lira  
puso todas las notas!...  
¿Por qué su acento con inútil ira  
en el silencio embotas?

Dios dice al hombre: «vive»: y obediente,  
por su bondad cubierto,  
abandono mi ser a la corriente  
que ha de llevarme al puerto.

Tú no vives: por eso tu semblante  
denuncia tu zozobra.  
Tú tienes un cerebro, y lo restante  
de la creación te sobra.

Pasa tu vida, espíritu de hielo,  
con gravedad que espanta,  
contando las estrellas en el cielo,  
las hojas en la planta;

que yo prefiero con asombro mudo,  
de gozo el alma llena,  
estas huellas contar de un pie menudo  
sobre la blanda arena;

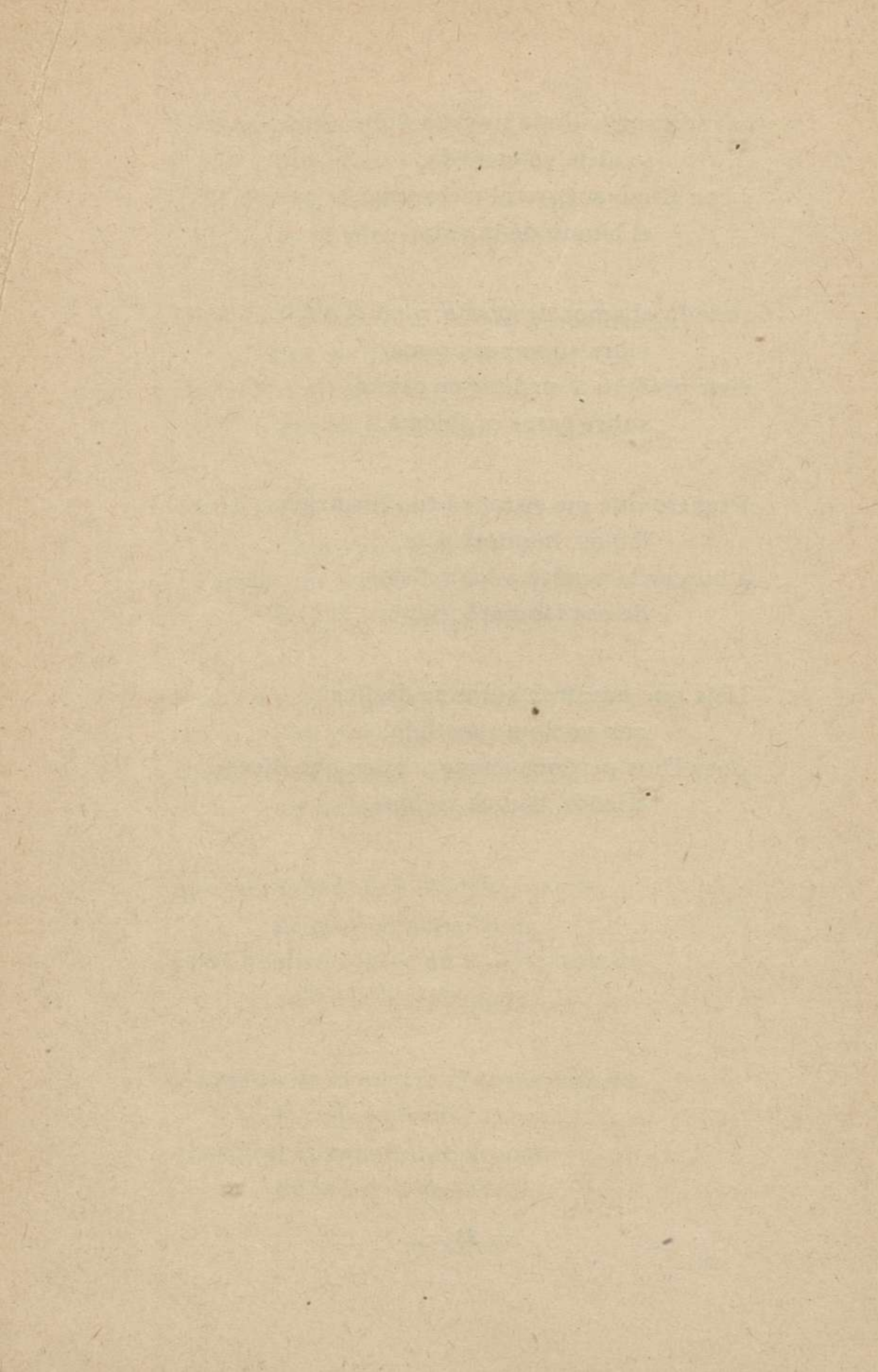
y cuando de la sangre al rostro asoma  
la rojiza oleada;  
al aspirar el penetrante aroma  
de la tierra mojada;

cuando rugiendo la irritada nube  
se aleja ya vencida,  
y con ritmo sonoro al cielo sube  
el himno de la vida;

cuando el amor despierta, y en el alma  
vibra su voz suprema,  
vivir prefiero a meditar en calma  
sobre grave problema.

Prefiero que me engañen tus bermejos  
labios, hermosa mía,  
a buscar la verdad a los reflejos  
de esa lámpara fría.

Deja que nuestras horas se deslicen  
con vuelo no medido,  
pues Dios perdona siempre a los que dicen:  
«Señor, hemos vivido».





## VII

### HUMO

Todo es humo en la tierra: —la experiencia  
dice al alma con sílabas de hielo;  
¿pero a quién no consuela esa tendencia  
que el humo tiene a remontarse al cielo?

¡Breve felicidad de que presumo;  
antes que en lodo eterno convertida  
hagas mi ser esclavo de esta vida,  
bate en la inmensidad tus alas de humo!

¡Con qué amargura la belleza vemos  
huir trocada en impalpable nube!...  
Mas no la despedamos, y esperemos  
hasta subir a donde el humo sube.

Llama hacia sí la voz del Poder Sumo  
cuanto sacara de la nada un día,  
y obediente a esa voz, la tierra envía  
sus incesantes cataratas de humo.

De la óptica falaz que así condensa  
lo que es humo no más, brota el hastío,  
y del hastío aspiración inmensa  
que muere en Dios, como en el mar el río.

¡Fuego de adversidad en que consumo  
mi débil cuerpo, bendecido seas!  
Truéquese ya la entraña que caldeas,  
como en las ascuas el incienso, en humo...

Ese tenue vapor inquieto, ingrave,  
pedazos ¡ay! de nuestro sér encierra.  
Se ignora a donde va, pero se sabe  
que el humo nunca volverá a la tierra.

Ausentes seres que en mi sér asumo,  
existencias que fuisteis mi existencia,  
me engañásteis ayer siendo apariencia,  
humo sois ya no más... ¿Pero sois humo?

## VIII

### EL SUEÑO DEL LEON

Mientras arrastra la paciente hormiga,  
tropezando y cayendo con fatiga,  
la semilla que el pájaro desdeña,  
de su albergue salvaje y escondido  
en el umbral, con majestad tendido  
duerme el león y sueña.

Ya de la tarde al resplandor postrero  
llega el cargado insecto a su granero,  
y recordando en plácido reposo  
que al pasar vió al león en su postura  
inmóvil, despreciándole murmura:  
¿qué hará ese perezoso?...

Jamás, aunque la suerte me condena  
de aquel humilde insecto a la faena,  
dudo del fuerte y sin razón le ofendo;  
jamás mi labio murmuró, si acaso  
en mi rastrero caminar, al paso,  
hallé al león durmiendo.

Yo bendigo la mano que constante  
hace temblar el yunque resonante  
que hiere el mármol o el arado guía...  
¿Cómo no bendecir tu santo nombre,  
¡oh trabajo! si en tí respira el hombre  
su fuerza y su alegría?

Mas sé que nunca llegaré a la cumbre  
la bulliciosa, activa muchedumbre,  
si no la marca el Génio su camino;  
si al pasar no le vé, con extrañeza,  
inmóvil y entregado a la pereza  
de un éxtasis divino.

La noche llegará y evaporada  
la visión de aquel sueño, su rizada  
crín el león sacudirá despierto  
y escuchará el insecto, estremecido,  
cómo dicta con áspero rugido  
sus leyes al desierto,

Así la multitud con reverente  
callado asombro escucha la potente

inesperada voz que la redime:  
y entonces reconoce en las vibrantes  
notas de aquella voz al que fué antes  
perezoso sublime.

Por eso, aunque la suerte me condena  
a la oscura, monótona faena  
de los seres humildes y pequeños,  
jamás le ofenderé, cuando a mi paso  
halle al león dormido. ¿Sé yo acaso  
lo que verá entre sueños?



## IX

### LA GUITARRA MURCIANA

LA guitarra es morisca; tiene el acento  
lánguido y amoroso del Mediodía:  
tiene todos los tonos del sentimiento;  
tiene todas las llaves de la armonía;  
es vago su sonido y es soñoliento  
como azulado rayo de luna fría;  
nacen pausadas  
sus notas perezosas  
y perfumadas.

La guitarra es morisca; y en sus bordones  
se incuba el áureo germen de celestiales  
fantásticas, bullentes apariciones  
que abulta de sus notas con los raudales;

sobre Al-borak, surcando claras regiones  
sólo el profeta pudo verlas iguales;  
    pasan envueltas  
    en argentinas ondas  
    de notas sueltas.

La guitarra es morisca; y en su concierto  
rumores orientales funde y destila;  
del camello que surca Libio desierto  
al rascar sus alambres suena la esquila;  
es de rústico alboque remedio cierto,  
manantial que susurra, palma que oscila,  
    arroja unidos  
    fantasmas y recuerdos  
    entre sonidos.

¡Cuántas veces en clara noche de luna  
del Schewal que engendra rosas y amores,  
cabe el dormido Tháder canción moruna  
acompañó entre silbos de ruseñores  
y al ajimez velado por importuna  
celosía dorada voló entre olores  
    su voz doliente,  
    buscando en niveo pecho  
    nido caliente!

¡Cuántas en camarines alcatifados,  
entre rumor de fuentes, y por lujosos  
colgantes arambeles amortiguados



rodaron sus sonidos armoniosos,  
de los sedientos labios enamorados  
mezclándose a los choques voluptuosos,  
con sus gorjeos  
irritando la fiebre  
de los deseos!...

Tal vez ¡ay! nazarena triste y cautiva  
por el solo delito de su belleza,  
derramó en sus alambres perla furtiva  
que arrojaba el mar hondo de su tristeza,  
y luego que maldijo la suerte esquiva  
dió tregua de sus penas a la crudeza  
la ya distante  
trova resucitando  
de ausente amante.

Mancebo que la enseña ganó bermeja  
sembrando el ancho zoco de cañas rotas,  
tal vez cuando cruzaba muda calleja  
detuvo el paso oyendo sus dulces notas  
y una voz que cantando tiembla y se queja  
como en sonoro vaso trémulas gotas,  
nombró muy quedo  
al que mostró en el zoco  
tanto denuedo.

Promediáronse un día valor, ternura,  
del árabe murciano la alma bizarra;  
y cuánta acción gloriosa, cuánta aventura,

cuánto lance de amores su historia narra,  
sus más tiernas pasiones y su bravura  
cantó, con sonos varios, mora guitarra.

¡Ay! ¡Aún resuena  
en su caja llorosa  
voz agarena!...

¡Solo Dios es potente! ¡Solo El no muda!  
¡La gloria de los hombres cual humo pasa!  
¡Será verdad mañana lo que hoy es duda!  
¡Todo lo cambia el tiempo, todo lo arrasa!  
¿Cuál imperio, cuál hombre contra él se escuda?  
¿Esa fuerza invisible qué freno atrasa?

¿A dónde es ido  
aquel de ocho centurias  
poder temido?

Cedió a los altibajos y a los vaivenes  
del tiempo y de la ciega, loca fortuna.  
Sus mezquitas, sus torres y sus harenes  
entregaron sus piedras una por una.  
Trocáronse en desgracia soñados bienes  
y en la cruz de don Jaime, la media luna;  
sus glorias ciertas  
en lágrimas amargas  
y ruinas yertas.

Mas la agarena raza legó en herencia  
a la murciana el tono de su lenguaje,  
sus costumbres, sus ropas y su indolencia

y aquel de su poesía vigor salvaje;  
en amores y en odios igual vehemencia,  
en bélicas hazañas igual coraje  
y moro acento  
de guitarra que temple  
su sentimiento.

En las pesadas horas de ardiente siesta,  
entre cálida niebla que el aire enfosca,  
mientras el sol los trigos dora y retuesta,  
bajo torcida parra que el tronco enrosca  
por dar sombra a sencilla choza modesta,  
la guitarra tañida por mano tosca,  
el yá lejano  
penoso adios repite  
del africano.

Y por añeja usanza, cuando en la huerta  
el cadáver de un niño cubren de rosas,  
al huir de la tarde la luz incierta,  
mientras velan su sueño caras llorosas,  
con ternura y con miedo por si despierta  
mezcla en notas ya alegres, ya dolorosas,  
júbilo y duelo,  
gemidos de la tierra,  
risas del cielo.

La guitarra es morisca; por eso ahora  
que kásidas y zambras ya no acompaña,  
la voz de sus alambres murmuradora

melancólico tinte de pena baña:  
tórtola entristecida cantando llora  
al doloroso roce de mano extraña:  
    vá con su canto  
    despertando en las almas  
    ansias de llanto.

## X

### DEL MURCIA-GRANADA

**G**enerosa y cruel naturaleza:  
generosa, pues das al hombre vida;  
cruel, pues abandonas enseguida  
tu propia hechura a su mortal flaqueza,  
pronto será que logre tu belleza  
ser amada de todos, no temida,  
que el débil crece, y en la lid reñida  
ya tu poder a vacilar empieza.

Pronto será. Que el genio, con extraño  
vigor, cuando no triunfa de la muerte,  
templar consigue tu rigor severo,  
y el rayo que forjastes en su daño  
con tenues hilos enfrenó y convierte  
de su salud en dócil mensajero.



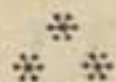
## XI

### LAS ESTRELLAS ERRANTES

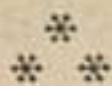
«**Q**ué son, madre —decía—  
estrechando su seno con ternura  
y con acento de infantil candor,  
qué son ¡oh madre mía!  
esos puntos de luz que en noche oscura  
el aire cortan con girar veloz?...  
Trazando blanca huella  
cual lágrimas caídas de una estrella  
un instante los miro fulgurar...»

La madre, sonriente,  
respondió de este modo al inocente  
que la escuchó con crédula bondad:  
—En los celestes ámbitos serenos,

son esas chispas que contemplas tú,  
las almas puras de los niños buenos  
que Dios transforma en ángeles de luz.



De la callada estancia,  
que alumbran de la tarde los fulgores,  
la pobre madre llora en un rincón.  
Aún la vaga fragancia  
se aspira allí de las nevadas flores  
con que al infante muerto se adornó.  
La llama moribunda  
del sol se apaga y a la vez se inunda  
de estrellas la azulada inmensidad.  
La madre acongojada,  
eleva al firmamento su mirada  
buscando alguna cosa con afán,  
y ve surcar los ámbitos serenos  
del estrellado firmamento azul,  
las almas puras de los niños buenos  
convertidas en ángeles de luz.



¡Bien haya el que confía  
en la eterna bondad, que nunca niega  
consuelo al que lo implora en su aflicción!  
La pobre madre un día,  
en el que de llorar quedóse ciega,  
en una noche eterna se abismó.



Y desde entonces baña  
su rostro, que la pena ya no empaña,  
dulce, tranquila, bienhechora paz.  
Su espíritu creyente  
entre las sombras ve constantemente  
átomos luminosos resbalar.  
ante sus ojos fijos y serenos  
pasan siempre, en alada multitud,  
las almas puras de los niños buenos  
transformadas en ángeles de luz.



XII

FLOR DE INVIERNO

Niña, las flores se van:  
si de la suerte común  
logra defender tu afán  
esa flor cerrada aún,  
sus hojas en invierno se abrirán.

Déle tu seno calor,  
y como brisa de abril,  
tu puro aliento, su olor,  
y verás, niña gentil,  
qué hermosa en el invierno es una flor.

¡Oh! ¡Con cuánta rapidez  
el sol palidece ya!...

Niña, piensa alguna vez  
que a ti también llegará  
ese invierno que llaman la vejez.

Guarda en todo su verdor  
con tierna solicitud  
la planta y no hayas temor,  
que en prueba de gratitud  
tu invierno en mayo trocará esa flor.

De cuantas penas sentí  
mi corazón destrozar,  
con la mayor aprendí  
la dicha de perdonar,  
flor de invierno que abrirse siento en mí.

Cuida, niña, con amor  
flor que no pierda jamás  
su perfume y su color;  
haz el bien hoy y verás  
qué hermosa en el invierno es una flor.

## XIII

### A LA PATRIA

(LEJOS DE ELLA)

Roce mi labio el agua con que rozas  
de mi distante patria las arenas.  
¡Oh mar! tú que sollozas  
cuando, al morir el sol, a tus serenas  
orillas vengo a derramar mis penas.

En el sordo rumor de tu oleaje  
voces oigo que me hablan ya lejanas  
de mi patria el lenguaje,  
y llegan hasta mí las sobrehumanas  
palabras de oración de sus campanas.

Azules montes de aserrada cresta  
tu bruma finge al pensamiento mío;  
y sombrosa floresta,  
y en verde prado alegre caserío  
que se mira al cristal de manso río.

Y miro aquel hogar mudo y desierto  
que tanta y tanta historia, no borradas,  
guarda en su polvo yerto;  
donde imitan las ráfagas templadas  
de la brisa, al pasar, voces amadas.

Allí el nombre de Dios por vez primera  
repetí en inocente balbuceo;  
y la amistad sincera  
allí nació, que por mi bien poseo,  
y el vago anhelo del primer deseo.

¡Con qué risueña luz en mi memoria  
las íntimas veladas resucito  
en que la patria historia  
escuchaba, ese cántico bendito  
de mis mayores con la sangre escrito!

Ya triste, ya glorioso, al eco suyo  
surge en mi ser aún, como surgía,  
ya tristeza, ya orgullo,  
tornando a fecundar mi fantasía  
fantasmas a que entonces sonreía.

¡Oh patria, cara patria, cómo siente  
crecer tu amor quien en mortal quebranto  
se mira de ti ausente!

¡Y como arranca, al par, tu nombre santo,  
frases de bendición, cálido llanto!

¿Qué son el arco volador, la erguida  
aguja que en el éter se cimbreo,  
la cúpula atrevida,  
qué son para el que en sueños hermosea.  
la amada pobre torre de su aldea?

Del extranjero templo en la grandeza  
no encuentro a Dios; en vano la rodilla  
se dobla con tristeza.

¡Ay! ¡Del valle natal, en la sencilla  
ermita, el Dios de nuestros padres brilla!

. . . . .  
¡Horrible noche aquella! Reclinado  
del bajel en la banda estremecida  
el patrio suelo amado  
miraba huir, y por mortal herida  
se escapaba entre lágrimas la vida.

¡Horrible noche!... En ella el alma mía  
comprendió la amargura, el hondo duelo  
de aquella raza impía  
que oyó decir al irritado cielo:  
«Patria no has de encontrar en este suelo».

Con vítores fué el puerto saludado  
del sol amaneciente al rayo incierto,  
y sólo yo, apenado,  
sentí a la vista del extraño puerto  
esa vaga tristeza del desierto.

En tí el alma quedó, patria adorada.  
Puede el cuerpo alejarse sin que sea  
el alma desterrada.  
¡Aún tu sol, en recuerdo, la caldea!  
¡Aún tu brisa sus lágrimas orea!

Al dolor de tu ausencia, ¿quién resiste?  
¿Quién no tiembla a la duda de perderte?  
Del desterrado triste  
el alma libre, por volver a verte  
su fatigado cuerpo da a la muerte.

¡Tengo sed!... Tengo sed del agua aquella  
que por tus prados corre sonriente;  
borrada fué con ella  
mi originaria culpa; eternamente  
su noble huella brillará en mi frente.

Estalla sin concierto el imponente  
turbulento raudal que alta muralla  
detuvo inútilmente...  
Deja ¡oh patria! que a ti mi canto vaya  
sin arte, sin concierto, como estalla.



¡Sin arte!... ¿Acaso de tu seno lejos  
puede el arte existir?... ¿No necesita  
de tu sol los reflejos,  
el arpa de tus bosques, la bendita  
florida tumba en que la fe palpita?

Tus crepúsculos vagos, tus bravías  
tempestades, tus nieves y tus flores,  
torrente de armonías  
hacen brotar en pechos soñadores,  
donde anida este amor de los amores.

Que no hay inspiración si no la encienden  
tus campiñas, tus cielos y tus mares:  
si el alma no suspenden  
el incienso quemado en tus altares  
y el eco de tus cantos populares.

Olvida el hombre ingrato; mas severa,  
tú nunca nos olvidas; cariñosa,  
en cada primavera  
arrojas nuevas flores a la fosa  
donde olvidado genio en paz reposa.

Brota la inspiración de tus anales  
como brotan del pié de tus montañas  
los frescos manantiales.  
Cuando en su viva claridad nos bañas,  
abrasa el patriotismo las entrañas.

¡El patriotismo! Al eco de ese nombre  
tus seculares bosques se estremecen  
y se agiganta el hombre.  
Y ejércitos de sombras aparecen...  
y tus viejos laureles reverdecen...

En héroe trueca al débil; en insano  
mortal acero el hierro campesino;  
en mártir al anciano,  
el arroyo en torrente purpurino,  
y el noble pecho en muro diamantino.

¡Fuego en el aire se respira! ¡El canto  
que el vate lanza, de entusiasmo ciego,  
aviva el fuego santo!  
¡Y al cielo sube fervoroso ruego,  
dejando en pos de sí rastro de fuego!

Morir entonces por la patria suerte  
es igual que vencer, porque es victoria  
que se roba a la muerte;  
es trocar esta vida transitoria  
por la existencia eterna de la gloria.

¡Oh patria! ¡Cara patria! Al cielo pido  
que el polvo de mis restos guarde un día  
tu seno bendecido,  
y en él sea la oscura huesa mía  
tálamo en que el amor oculto ría.

## XIV

Dime, amor, ¿es justo  
que mi hogar tranquilo  
revoltoso turbe  
tu infantil capricho?...  
De mi mano arrancas  
el sabroso libro  
repitiendo alegre  
con perverso instinto:

«¡Ven!... ¡En el prado hay rosas entreabiertas  
y música en los nidos!...»

Te cerré mi puerta,  
y en su umbral llorando

te dejé en las noches  
del invierno largo.  
¡Precaución inútil!  
¡Rigorismo vano!  
Hoy entrar te veo  
revoloteando.

al abrir mi ventana inadvertido  
al primer sol de mayo.

No iré yo a los bosques,  
no iré yo contigo,  
que no son las rosas  
ni el alegre nido  
lo que allí me espera,  
malicioso niño.

¿No ves que aún conservo  
huellas del martirio?...

¿No ves que aún no he quemado aquellas cartas  
ni aquel dorado rizo?...

Déjame, embustero,  
con mi pena a solas:  
yo sé que en los campos  
reinarás ahora,  
porque flores y aves  
como tú están locas  
y las almas llenan  
de mortal zozobra...

Pero, dí... no me engañas?... ¿Han abierto  
ya las primeras rosas?

Vete: la ventana  
tienes entreabierta:  
de tu nombre el eco  
por los valles suena:  
bate ya tus alas  
de rizada seda  
y a los campos huye...  
Vete ya y no vuelvas...

¿Me amenazas?... ¡Adios!... Tranquila y sola  
por fin el alma queda.

Ven, sabroso libro,  
vuelve ya a mis manos:  
¿Mas por qué tus frases  
desabridas hallo?...  
Ciérranse mis ojos  
con mortal cansancio...  
tengo frío: el cielo  
me parece opaco....

No debe ser verdad que hayan abierto  
las rosas en el campo.

Libro generoso,  
no de ti me quejo:  
claro sol de mayo,  
sin razón te ofendo.  
Soledad, que siempre  
fuera mi consuelo,  
es hoy misteriosa  
causa de mi tedio.

Ya hay música en los nidos... y en el alma  
frío y sombras de invierno.

Bullicioso niño,  
sólo a tí sin duda  
distraer te es dado  
soledad adusta:  
si a traición me espías,  
si mi voz escuchas,  
vuelve, que gustoso  
sufriré tus burlas;

¡pero no, ya el amor no está en mi puerta!  
¡No volverá ya nunca!

No cual otras veces  
tornará risueño,  
porque al alejarse  
me miró con miedo,  
y asustar no pudo  
al rapaz mi acento,  
que el peligro siempre  
despreció soberbio...

¡No volverá, porque en mi frente ha visto  
blanquear un cabello!

## LA VISPERA DEL COMBATE

(CARTA DE JUAN SÓLDADO)

**M**adre: te escribo con amarga pena  
que en llanto abrasador mis ojos bañas.  
No quisiera afligirte, ¡eres tan buena!  
mas no puedo engañar con voz serena  
a la sola mujer que no me engaña.

Mañana entramos en acción: se espera  
que encontremos mañana al enemigo.  
¿Sucumbiré?... ¡Quién sabe!... ¡Dios lo quiera!  
No la podré olvidar mientras no muera.  
Perdóname: no sé lo que me digo.

Ha anochecido: del helado viento  
nos preservan hogueras a millares.  
¡Qué aspecto me presenta el campamento!  
Hierre mi oído el eco turbulento  
de risas, juramentos y cantares.

Un cigarro y un vaso por cabeza  
han venido aumentar el regocijo,  
mientras yo muero... muero de tristeza:  
pienso en *ella* y en tí, con la certeza  
de que sólo tu piensas en tu hijo.

Sobre un tambor te escribo, a los reflejos  
de una hoguera, y, en círculo agrupados,  
escucho las consejas y consejos  
con que divierten los soldados viejos  
y animan a los jóvenes soldados.

¡Qué oscura está la noche!... ¡Ni una estrellal  
Y esta noche a su lado trascurrida  
sería para mí risueña, bella!...  
No te ofendas si pienso tanto en *ella*:  
bien lo sabes; quien ama, tarde olvida.

No abandono el bendito escapulario  
que llorando colgaste de mi cuello,  
y talismán contra el destino vario,  
también guardo otro santo relicario,  
un rizo que corté de su cabello.



Los dos me salvarán; pero si muero  
los dos recibirán en mi agonía  
de mis labios el hálito, postrero.  
¡Morir sin ver los seres que más quiero!  
¿No es verdad que es horrible, madre mía?

Por eso vierto, sin fingido alarde,  
en lágrimas la hiel que el pecho encierra,  
¡No es porque llore el militar cobarde!  
Mañana el fuego que en mi pecho arde  
mostrará que... ¡Maldita sea la guerra!

Obedezco a mi patria, que su acento  
jamás en vano vibrará en mi oído:  
pronto estoy a morir; pero lamento  
que solamente con borrón sangriento  
su honor adquiriera el esplendor perdido,

¡Madre! La sangre que mi sér sustenta  
de tus nobles entrañas es robada.  
Di tú a la humanidad, de ella sedienta.  
lo que para una madre representa  
una gota de sangre derramada!

¡Di que nuestro enemigo es nuestro hermano;  
que derecho ninguno nos asiste  
para arrancar un don que es sobrehumano;  
di... pero inútil es: vibrará en vano  
sin eco alguno tu gemido triste!

¿Hasta cuándo, hasta cuándo los mortales  
el fuego de discordia siempre vivo  
mantendrán y los lazos fraternales  
rotos?... ¿Cuándo los vínculos sociales  
nacerán a la sombra del olivo?...

Borrar quisiera lo que escrito llevo.  
¡Cuánto padecerás! Sé que tu llanto  
y tus heridas con mi voz remuevo;  
quisiera consolarte y no me atrevo;  
te habría de engañar y ¡te amo tanto!

¿Y a quién con este triste desaliño  
referiré mis penas que me entienda?  
Tú que mis vanas lágrimas de niño  
enjugaste, recibe con cariño  
de este nuevo dolor la amarga ofrenda.

*Ella* me olvidará. ¡Duda penosa!  
Que no lea esta carta, madre amada;  
que esta explosión del alma dolorosa  
no turbe su alegría si es dichosa,  
no aumente su dolor si es desgraciada.

Adios. No te entristezcas, madre.  
Aún me queda en mis penas un consuelo.  
Tú me enseñastes a rezar: confía,  
Vida sin esperanza es agonía.  
La patria de las almas es el cielo.

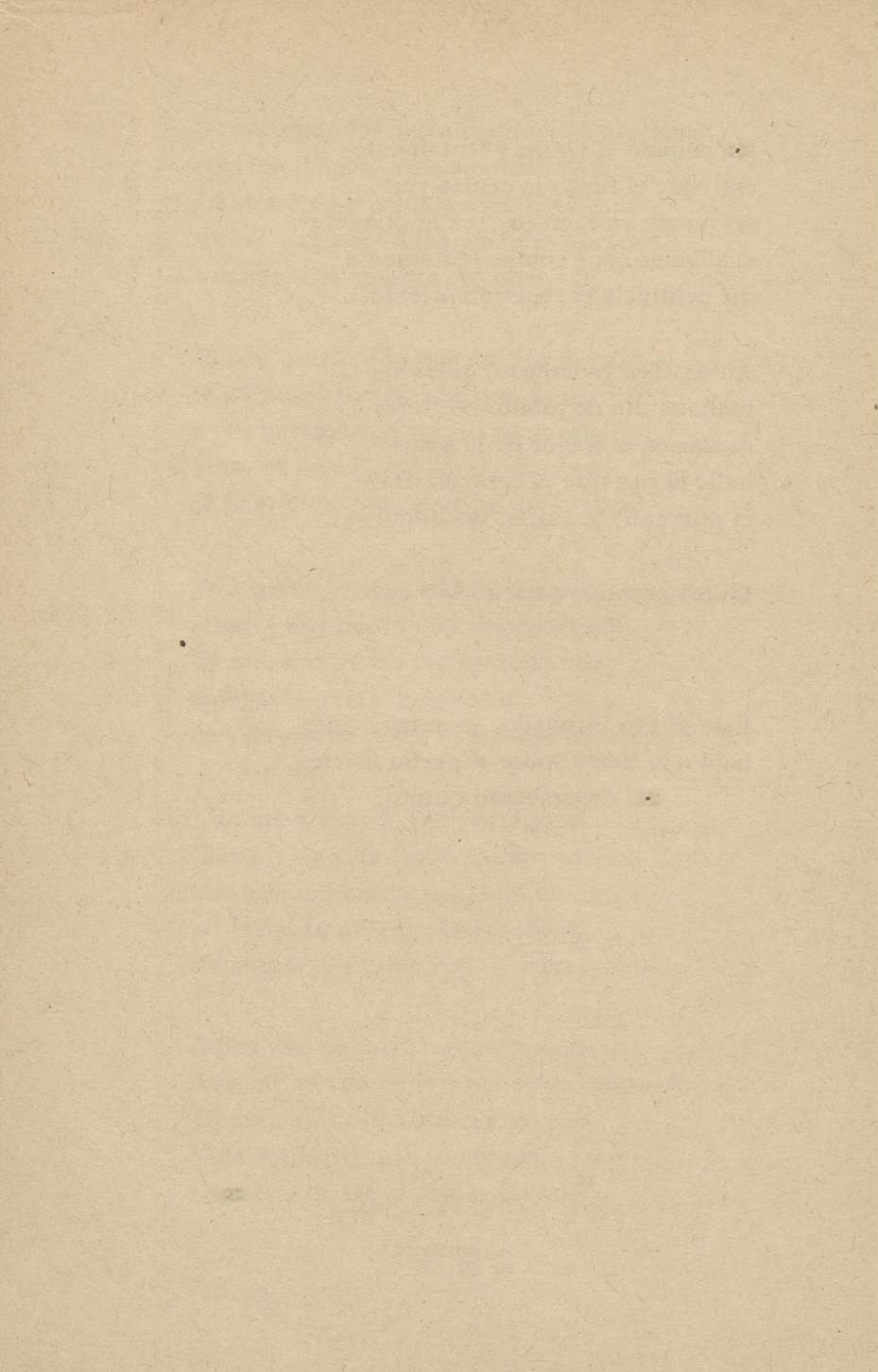
Ha sonado el clarín y lentamente  
extingue el fuego la ceniza yerta:  
no puedo ya escribir... es imponente  
el silencio, que rompe lentamente  
del centinela el repetido *¡alerta!...*

Adiós. Ten esperanza, quizá sea  
mañana día de júbilo; no llores:  
quizás en el fragor de la pelea  
halle la paz que el corazón desea,  
el porvenir, la gloria, los honores...

Quizá propicia para mí la suerte...

. . . . .  
. . . . .

Este pliego arrugado, en sangre tinto,  
bajó a la tierra sobre el pecho inerte  
del desgraciado quinto.



## XVI

Por angosto sendero que serpea  
del empinado monte en la vertiente,  
con tardo paso al valle descendía.  
Ya de las mudas sombras la marea  
          crecía lentamente;  
ya la primer estrella relucía.

Los pájaros callaban. De los pinos  
el viento aleteaba en la espesura  
sin eco alguno, con impulso blando;  
y al menguar los fulgores vespertinos,  
          por la extensa llanura  
uno y otro rumor iba espirando.

Cuando el postrero débil y dudoso  
subió hasta mí y en el espacio oscuro  
miré palidecer la última nube,  
aspirando con sed aquel reposo,  
                  como a extraño conjuro  
cedió mi voluntad y me detuve.

Pero en rudo contraste a la profunda  
serenidad que allí se respiraba,  
mi espíritu evocó viejas historias,  
y con la fuerza del dolor fecunda,  
                  trocó en candente lava,  
las que debieran ser yertas escorias.

Recuerdos en tropel traje consigo  
cada nombre querido, cada fecha,  
que me asaltaron con reñido embate,  
como en tropel asalta el enemigo  
                  la improvisada brecha  
del alto muro a cuyo pié combate.

Y al repasar la vía dolorosa  
de mis males, pensé con desaliento  
en mi constante soledad amarga:  
pensé que nunca mano generosa  
                  aligeró un momento  
sobre mis hombros la importuna carga.

Nadie a mis penas entreabrió su seno  
ni la fuente enseñóme del olvido

ni del escollo me apartó sensato...  
y así pensaba, de tristeza lleno,  
                  cuando sonó en mi oído  
cercana voz que murmuraba: — «¡Ingrato!»

Alcé los ojos y ante mí, de esbelto  
gentil mancebo, con asombro mudo  
ví levantarse la arrogante sombra...  
en un girón de niebla medio envuelto  
                  y el blanco pie desnudo  
posando apenas en la verde alfombra.

Era su aspecto sosegado y grave;  
en su frente de nácar esplendía  
la palidez intensa de la luna,  
y su voz recordaba la suave  
                  rimada melodía  
que mece al niño en su tranquila cuna.

No me dijo su nombre; sin embargo,  
le conocí, pues rechazar su queja,  
mi labio pretendió con vano empeño;  
poco a poco ese plácido letargo  
                  que el alma libre deja  
invadió mis sentidos. Era el sueño.

«¡Ingrato!»! — repitió. — ¡Cuán vano ha sido  
mi solícito afán, pues que me olvidas,  
a mí, que nunca te olvidé en tus penas!

¡A mí, que de los cielos he traído  
dúctamo a tus heridas  
y a tus noches de afán horas serenas!

Mas no me importa, olvídame: rehusó  
tu gratitud y en la misión no cedo  
que así me liga con la humana suerte.  
Yo te amparé al nacer: Dios lo dispuso,  
y dejarte no puedo  
si no es en los umbrales de la muerte.

¡Noble misión la mía! Los que gimen  
afanosos me buscan, porque tanta  
como su adversidad es mi clemencia,  
y del malvado castigando el crimen  
anudo a su gárganta  
la víbora que anida en su conciencia.

No bien asoma con templado brillo  
la estrella de la tarde, me saluda  
desde su choza el labrador cansado,  
y doy paz a su espíritu sencillo  
y vigor a la ruda  
mano que ha de guiar el tosco arado.

Yo convierto en sonrisa el ceño triste  
del anciano, pues vé resucitada  
lejana juventud que huyó traidora.  
Por mí la madre que de luto viste



aquella voz amada  
torna a escuchar del hijo por quien llora.

Del afrentado siervo el torpe yugo  
quebranto compasivo; en mi regazo  
la suspirada libertad recobra  
y, con justo rigor, de su verdugo  
sujeto el fuerte brazo  
y el pecho agito con mortal zozobra.

Yo deposito en la nevada frente  
de la doncella el ósculo de fuego  
que desde lejos la pasión envía...  
Los ángeles, por mí, del inocente  
niño en alegre juego  
cercan el lecho al fallecer el día.

Y tú... dí, si a los débiles reflejos  
de este sol, hermosura viste acaso  
que a la velada por mi sombra exceda;  
si al perseguir la dicha desde lejos,  
con vacilante paso,  
no esperas que antes yo te la conceda...

Dime si aquello que te niega el mundo  
en mí no hallaste sin penosa lucha,  
gloria y amor y poderío y fama...  
Pero debo partir... En el profundo  
silencio ya se escucha  
la opaca voz con que el dolor me llama.

. . . . .  
Calló la aparición y se deshizo  
en la penumbra cual fugaz neblina  
que forma el lago y que deshace el viento,  
y en mi pecho dejó, con el hechizo  
de su voz, esa espina  
que clava punzador remordimiento.

Desde entonces, no bien su tembloroso  
fulgor la estrella de la tarde enciende,  
nuncio de paz en la extensión callada,  
la envió mi saludo cariñoso.

¡Harto el alma comprende  
que otra dicha no halló que la soñada!

## XVII

Yo sé que te enojas;  
yo sé que te quejas  
si en tus frescos labios, amapolas rojas,  
pican las abejas.

¡No por eso llores:  
piensa en tu martirio  
si te los dejaran ósculos traidores  
de color de lirio!...

Yo sé que malogras  
tu feliz reposo  
cuando de tus rizos sujetar no logras  
el raudal copioso.

¡No tu llanto debe  
resbalar por ellos,  
sino cuando mires de color de nieve  
tus negros cabellos...!

Yo sé que te agita,  
causa de sonrojos,  
el que todos lean con franqueza escrita  
tu alma en tus ojos.

No llores: insulta  
tu pueril quebranto  
al de aquellos seres cuya risa oculta  
manantial de llanto.

Risa dan tus duelos  
que a explicar no aciertas.  
Hoy lloras a impulsos de vagos anhelos.  
¡Ay de tí si lloras esperanzas muertas!

## XVIII

### MORTE MORIERIS

Callada sombra que a mi cuerpo unida  
siguiendo vas mis pasos importuna:  
fantasma que encontré junto a la cuna  
esperándome ya,  
¿por qué en hondas tinieblas escondida  
esgrimes tu puñal traidoramente  
si el pecho que amenazas, impaciente  
por recibirlo está?

Como trémulo arroyo de pasada  
suele copiar distante inmóvil astro  
con vaga mancha luminosa, rastro  
de dudoso fulgor,  
así, por mi conciencia reflejada,

en su fondo tu imágen resplandece  
pero es borrosa mancha que carece  
de líneas y color.

En el silencio de la noche arrulla  
una voz cadenciosa mis oídos  
que contando del pecho los latidos  
uno por uno vá...  
y aquella voz monótona es la tuya,  
y a cada breve pulsación que resta  
—«quizás, murmura el alma, quizás esta  
la postrera será»...

Y te llamo y tu voz no me responde...  
¡Oh! si entonces su curso precipita  
mi sangre, no es por miedo; es que la irrita  
tu silencio cruel.  
Informe niebla que el abismo esconde  
cernerse miro, velo misterioso.  
¿Es la noche?... ¿Es un cielo esplendoroso  
lo que hallaré tras él?...

¿Por qué ocultarte así? ¿Temes mi espanto?  
¿Qué horrores brotan de tu faz desnuda  
que puedan igualarse al que la duda  
inspira a la razón?...  
Y aunque tu horror ¡oh esfinje! fuera tanto,  
¿por qué velarlo a la mirada mía  
si en vano para huirte buscaría  
alas el corazón?...

Pero no; con tu sombra impenetrable  
no puedes encubrir horror mezquino,  
sino hermosura de esplendor divino  
que en sueños presentí.

Bien haces: que el espíritu, incurable  
impaciencia de amor sintiera al verte  
y el largo plazo abreviaría ¡oh muerte!  
para volar a tí.

\*  
\* \*

—«Has de morir»: mi madre con ternura  
dijo y al cielo señaló creyente.  
El alma, sus palabras, inocente  
sin comprender oyó.

Más tarde, en noche de aflicción oscura  
a su yerto cadáver abrazado,  
la frase aquella recordé aterrado  
y el alma comprendió.

—«Has de morir»: me dijo la primera  
flor que perdió en mis manos su perfume  
y ese fuego en que cruje y se consume  
la encina secular:  
y la torre gigante y altanera  
que el tiempo grano a grano desmorona,  
y el cielo cuando breve lo abandona  
la luz crepuscular.

Todo peligro próximo o lejano  
que amenaza este cuerpo deleznable;

todo placer fugaz y variable  
me lo dice también:  
y el dulce sueño, de la muerte hermano,  
y el nevado sudario del invierno,  
y de la inquieta péndola el eterno  
compasado vaivén.

El ser a quien amamos y se aleja  
para más no volver: el ronco estruendo  
del irritado piélago pidiendo  
algo que destruir:  
cada ilusión ingrata que nos deja:  
y cuánto tiene forma y movimiento:  
y esta sed de reposo que en mi siento  
me dice: — «Has de morir».

\*  
\* \*

Cúmplase la sentencia ¡oh misteriosa  
callada sombra que a mi cuerpo unida  
persiguiéndome vás! la inútil vida  
entrego a tu poder.  
Mas ¡ay! que tú con otros cariñosa,  
obediente a la ley que nada altera  
de un destino fatal, ruda y severa  
conmigo habrás de ser.

Mi suerte no será la del guerrero  
que en el sordo fragor de la batalla,  
cuando los pechos inflamando estalla  
el cántico triunfal,



saluda alegre con el rojo acero  
al victorioso lábaro y no siente  
huir la vida con la sangre hirviente  
por la herida mortal.

No será la del genio que a profunda  
luminosa abstracción el alma entrega:  
que al límite impensado por fin llega,  
sin despertar aún;  
y la inspirada frente moribunda  
sobre el abierto libro reclinando,  
se aduerme al eco melodioso y blando  
del aplauso común.

Ni la del monje austero que el cansado  
cuerpo en estrecha celda martiriza  
con ciega fe y aventada la ceniza  
de apagado volcán;  
que vive de la muerte enamorado  
porque su enigma a descifrar aprende,  
y que al verla llegar, hacia ella tiende  
los brazos con afán...

No; de mi vida el término presiento  
cual ella oscuro y fatigoso; en vano  
en pos de un ideal siempre lejano  
lucharé con valor.

No halagará mi espíritu el acento  
que anuncie la victoria en su partida;

toda esperanza ya desvanecida,  
moriré con dolor.

Caeré sin fuerza en la marcial palestra,  
sin escuchar aplauso lisonjero,  
sin leer con la fe del monje austero  
de la sombra a través.

En ignorada soledad siniestra,  
sin que mi mano estreche mano amiga,  
cruel me espera la postrer fatiga  
y el olvido después.

\*  
\* \*

Muerte, callada muerte, si es posible  
del golpe inesperado el curso ciego  
torcer, escucha y muévate mi ruego  
una vez a piedad.

No pido que lo aplaces; la invisible  
guadaña esgrime, el corazón espera  
sin cobarde temor; mas no quisiera  
morir en la ciudad.

No quisiera morir en la tristeza  
de esta cárcel, más lóbrega y más fría  
que aquella fosa en que a tu voz un día  
mi cuerpo ha de caer.

A tí vaya, inmortal Naturaleza,  
sombria o dulce mi postrer mirada:  
sí tú no la recoges, madre amada,  
¿Quién la ha de recoger?...

Del dilatado cauce por el fondo  
que enloda repugnante podredumbre,  
se agita la compacta muchedumbre  
con rapidez fatal;  
mar de negro oleaje que en el hondo  
y amargo seno encubre inexplorados  
precipicios y monstruos engendrados  
por el genio del mal.

Mar que a los cielos irritado amaga  
y que escupe convulso el propio cieno  
cuando romper el necesario freno  
intenta en su altivez;  
mar en que débil la virtud naufraga  
en que medroso el corazón sencillo,  
como la perla, oculta el claro brillo  
en densa lóbreguez.

No conturbe el espíritu que libre  
desplegue ya para volar sus alas,  
la voz ¡oh mar! en que impotente exhalas  
tu cólera tenaz.

No en mis oídos angustioso vibre  
de tus clamores el rumor doliente,  
desacordado y digno solamente  
de esta vida fugaz.

Rumor que funde el ¡ay! del pordiosero,  
la carcajada estúpida del vicio,

la queja del que al hondo precipicio  
rodó con su ambición,  
el reto de procaz aventurero,  
el falso juramento, el torpe coro  
de la calumnia, el resonar del oro,  
la vil adulación...

Madre naturaleza en ti fallece  
ese opaco rumor, y con serenas  
consoladoras armonías llenas  
ágrete soledad.

El puro aliento que las frondas mece  
y en que tu voz palpita soberana,  
háblame al espirar de una cercana,  
soñada libertad.

Pueda abarcar extensos horizontes,  
de luz sedienta, la mirada ansiosa;  
no se apague en la noche pavorosa  
de la angosta prisión;  
y el sol rojizo al trasponer los montes  
lleve a mi sér consoladora idea  
de un sol que muere aquí, pero alborea  
en distante región,

Sienta yo la corriente de la vida  
circular fecundando la materia  
como la roja sangre que la arteria  
conmueve al resbalar:  
vea cómo a su paso estremecida

resucita la flor, cómo la pálida  
llanura reverdece y la crisálida  
comienza a despertar...

\*  
\* \*

Pero aunque muda y a traición la fría  
sombra hiera este pecho dolorido,  
sólo sabré, con labio agradecido,  
su nombre bendecir...

Al caminar por dolorosa vía  
de eterna cruz bajo el pesado leño  
sin la esperanza de morir ¿qué ensueño  
¡pobre mortal! te hiciera sonreír?...



## XIX

### POR QUÉ AMARGAN LAS ADELFA

**S**oñó la adelfa en noche perfumada  
(lo que soñó la adelfa no se sabe),  
mas de la luz al ósculo süave  
llorando despertó y enamorada.

Y hubo de murmurar entre las flores  
el vagabundo céfiro indeciso,  
que la adelfa lloraba desamores  
de algún distante y pálido narciso.

Entonces, de amistad consoladora  
emblemas eran y de mútuo celo,  
las abejas de pardo terciopelo  
y las adelfas de color de aurora.

Ruborosa y temblando así decía  
a una abeja la flor con tono amante;  
—¡Lleva, por Dios, mi llanto, hermana mía,  
a aquel narciso pálido y distante!—

Luego que de su dulce compañera  
libó zumbando el néctar lacrimoso,  
el bullidor insecto luminoso  
batió sus alas susurrando: —¡Espera!—

Contando por latidos los instantes  
quedó la pobre adelfa. De improviso  
vió a la abeja con alas chispeantes  
acariciar al pálido narciso.

Sintió primero tímidos recelos,  
luego en celos amargos convertidos:  
siguió contando instantes por latidos  
y siguió desangrándose de celos.

Su vida por la herida destructora  
a borbotones escapar sentía,  
y con el dulce instinto del que llora  
a los cielos su frente se dirigía.

Creció la noche: y al brillar incierta  
del véspero la lumbre desmayada,  
la solitaria flor enamorada,  
cansada de esperar, estaba muerta.



Y el céfiro entre flores y entre espigas  
hubo de murmurar en son de dueño,  
que son de las adelfas enemigas  
las abejas de pardo terciopelo.

Por eso las adelfas, con desvío,  
huyendo de amistad engañadora,  
entre sus hojas de color de aurora  
envenenan las gotas del rocío.



## XX

Permita Dios que inextinguible fuego  
te abraze el alma y de dolor transida  
maldiga el hora en que la dieron vida  
y piense de la muerte en el sosiego.  
Permita Dios que con fecundo riego  
no refresquen las lágrimas tu herida.  
Permita Dios... ¡Mi corazón olvida  
que se maldice al maldecirte ciego!  
Si tal es mi desdicha que al perderte  
aún la hicieras mayor con tu amargura  
y padeciera yo con tu castigo,  
¡permita Dios que la voltaria suerte  
derrame en tu existencia la ventura  
que ví entre sueños y que huyó contigo!



## XXI

Un beso dulce y cálido  
que muere al estallar,  
cual de la espuma el ósculo  
que a las arenas da...  
Una sonrisa cándida  
de breve claridad,  
cual fugitiva púrpura  
de luz crepuscular...  
Una mirada rápida  
que espira al germinar,  
y dura lo que súbito  
relámpago fugaz...  
Suspiro melancólico,  
que adelantando vá

de los alados céfiros  
al rauda resbalar...  
Tibia amorosa lágrima  
que sólo vivirá  
lo que en nevados pétalos  
rocío matinal...

. . . . .  
Estas cosas y aún otras  
más breves, mucho más,  
en forma de recuerdo  
llenan la eternidad.

## XXII

**D**e ese amor, que cual lámpara sagrada  
ante su imágen arde temblorosa  
por la sangre del alma sustentada,  
no me pidáis la historia dolorosa;  
nacida solo fué para olvidada.

Flores oí nombrar desconocidas,  
que en el fondo del lago germinando,  
por un silencio eterno adormecidas  
van sus pálidas hojas desplegando.  
Nunca del sol el ósculo reciben:  
no su flexible tallo balancean  
templadas auras con suspiro blando,  
ni en círculos de luz revolotean

en su torno encendidas mariposas,  
ni al espejo de músico arroyuelo  
doblar la frente pueden orgullosas.  
La vida de esas flores misteriosas  
es muy triste, en verdad: espeso velo  
de tinieblas eternas las circunda,  
y si sueñan las flores con el cielo,  
como los hombres sueñan, entristece  
verlas dormir en soledad profunda,  
menos felices, flores sin aroma,  
que la amarilla que en las tumbas crece.

Ocultando esas flores en su seno,  
su azulado cristal extiende el lago,  
y de la brisa al perezoso halago  
parece sonreír siempre sereno.

¡Ay de esas pobres flores sin ventura  
si las arranca mano compasiva  
de su prisión oscura!...  
La luz marchitaría su frescura.

Dejad, señora, que en silencio viva  
por la sangre del alma sustentada  
esa llama de lámpara sagrada  
que ante su imagen temblorosa arde.  
No arranquéis esa flor que el lago oculta...  
¡Siempre la luz recibirá ya tarde!



XXIII

EL ELEFANTE BLANCO

(DE FLORIÁN)

Pueblo existe en el Asia que venera  
al elefante blanco, cual si fuera  
de una raza inmortal;  
su cuadra es un palacio; y por decoro,  
hunde para comer, en vasos de oro  
la trompa colosal.

Nunca con peso vil se le fatiga,  
ni el cornac reverente le fustiga,  
ni le riñe su voz.

Dóblase, al verlo, la rodilla en tierra,  
y en su defensa el indio vá a la guerra  
con júbilo feroz.

Uno de estos cuadrúpedos benditos,  
sin leer Pitagóricos escritos  
profundo pensador,  
hubo de preguntar en la divina  
asiática lengua elefantina  
al negro conductor:

— «¿Cúya la causa es, cuyo el motivo  
de que viva adorado, más cautivo,  
en vuestra sociedad?

El indio respondió con fe sencilla:

— «¡En verdad, gran señor, me maravilla  
tu excesiva humildad!

Nuestros sabios lo dicen. ¿Quién lo ignora  
que el alma de algún héroe vive ahora  
en tu rugosa piel?...

El noble sér que en ella se guarece,  
poderoso señor, di si merece  
que se le adore fiel?...»

— «Ola! ¿Con que por hombres se nos tiene  
y por eso no más se nos retiene  
con tal solicitud?...

Pues óyeme, y saliendo de tu yerro,  
terminará mi espléndido destierro,  
mi régia esclavitud.

Los elefantes somos, aunque fieros,

cariñosos y humildes, no altaneros  
con el humano ser.

Aunque por nacimiento poderosos  
y valientes, al débil, generosos,  
nos vés compadecer.

No mentimos jamás: y con sereno  
alegre corazón el bien ajeno  
miramos sin dolor.

La pasión no nos ciega ni enloquece,  
y el amor, en nosotros, obedece  
las leyes del pudor.

El torpe incienso del linaje tuyo  
no trueca mis virtudes en orgullo,  
como dijiste yá.

Y muchas cosas más de nuestra casta  
decir pudiera... más lo dicho basta.  
Apellidarnos hombres ¿quién podrá?



XXIV

Y VIÓ QUE ERA BUENO

*Et Deus vidit quod esset bonum*

Y sin embargo hay aves de lastimero canto:  
con melodioso llanto  
la entristecida tórtola se queja sin cesar.  
¡Dios mío! En el concierto que de los bosques brota  
aquella opaca nota  
¿no pudo tu clemencia sin límite apagar?...

En sus entrañas lleva la nube ennegrecida  
el agua que dá vida  
y el misterioso gérmen de ciega destrucción...  
¿Por qué enfrenar no quiso tu diestra poderosa  
la sierpe luminosa  
que abortan las tinieblas con súbita explosión?

Del mar que se dilata sonoro y palpitante  
bajo el cristal brillante  
¡Oh, Dios! ¿cómo el abismo devorador no vés?  
¿Por qué del manzanillo los brazos engalanas  
con hojas que lozanas  
derramen fresca sombra, si ha de matar después?

La misma oculta fuerza que el mundo vigoriza,  
el yugo antojadiza  
esquiva y amenaza rugiendo en el volcán...  
Del río que hoy fecunda la tierra sosegado,  
mañana por el prado  
las desatadas ondas la muerte llevarán...

Hay flores cuyo cáliz guarda licor insano...  
El fétido pantano  
sus linfas envenena con pérfida quietud...  
La voz que en el desierto el huracán levanta  
el exterminio canta...  
De la elevada cima despréndese el alud...

El buitre carnicero persigue a la paloma...  
entre la hierba asoma,  
como en constante acecho del pájaro, el reptil...  
Al pez, bajo las olas, devora la ballena...  
En su mortal faena  
con ténues hilos, teje la araña red sutil...

¡Señor! Cuando la tierra, cual virgen desposada,  
de flores coronada,

el seno palpitando de vida y de placer,  
a la primer aurora de su tranquilo cielo,  
el importuno velo  
de las espesas sombras dejó, por fin caer.

Cuando surgió radiante de espléndida hermosura,  
contento de tu hechura,  
en ella detuviste los ojos con amor;  
y en su embriaguez no vieron que yá sobre su frente  
batía tristemente  
sus alas silenciosas el ángel del dolor.

Mas... ¡oh supremo artífice! ¡oh padre justo y sabio!  
perdona si mi labio  
por débil o por torpe, dudó de tu bondad...  
El astro que, en su aurora, surcar el hondo abismo  
mirabas, era el mismo  
que tu fecunda mente pensó en la eternidad.

Porque soñado habías al hombre, ese gigante  
esclavo que arrojante  
sacude tus cadenas retando tu poder,  
y tú necesitabas un punto en el espacio  
que cárcel y palacio  
a un tiempo mismo fuera de tan extraño ser.

Un mundo en que luchara la noche con el día  
el limo te daría  
donde encerrar pudieras su espíritu inmortal;  
su espíritu incansable, que a imágen de la tierra,

en misteriosa guerra  
agita el bien luchando sin tregua con el mal.

¡Oh Dios! En tus velados designios dispusiste  
que por la senda triste  
de la existencia humana llegáramos a Tí.  
¿Qué importa al peregrino la miserable tienda  
que a orillas de la senda  
ocupa breve instante? Su patria no está allí.

Para que el hombre busque sediento tu hermosura  
en la materia impura  
la vé, como en la estatua las huellas del cincel.  
Para que el alma sueñe con su futura suerte,  
tu sabia mano vierte  
mezclada con el bálsamo la amargadora hiel.

La vida es una prueba: por eso Dios no quiso  
que eterno paraíso  
el paso detuviese de errante humanidad:  
por eso aunque en la tierra su gloria resplandece  
es tienda que estremece  
con poderoso aliento la ronca tempestad.

Por eso ¡oh Dios! mirabas, contento de Ti mismo,  
surgir del hondo abismo  
la virgen evocada por tu supremo amor,  
y al verla sonreías, en tanto que su frente  
rozaba tristemente  
con sus oscuras alas el ángel del dolor.



XXV

LOS TRES AMORES

EL HOMBRE

Ardiendo en sed de lo infinito, al cielo  
mis ojos alzo en noche de tristeza  
y nada calma mi angustioso duelo...

LOS ÁNGELES

(ANTE EL TRONO DEL ALTÍSIMO)

¡Cubre, Señor, tu rostro con un velo,  
no aniquile a los hombres tu grandeza!...

EL HOMBRE

Cuanto el mundo me ofrece es limitado.  
¡Flores que viven rápidos segundos!...  
¡Sombras que impele Noto desatado!...

LOS ÁNGELES

¿Quién digno como Tú de ser amado?  
¡Llena tu amor los siglos y los mundos!

EL HOMBRE

¡Señor!... ¡Yo te adivino... te presiento!...  
¡Ley es tu amor las demás concierto!...  
¿Mas cómo, pobre, débil y sediento,  
podré llegar a tu inmortal asiento?

CRISTO

¡Lázaro!... ¡Ven a mí!... ¡Surge!... ¡Despierta!..

EL HIJO PRÓDIGO

(EN EL DINTEL DEL HOGAR PATERNO)

En hora ingrata, con ardor impío,  
traspasé los umbrales a que llamo,  
con dolor, con vergüenza y con hastío.

EL PADRE

No en vano supliqué. ¡Gracias, Dios mío!  
¡Venga a mi seno el hijo que más amo!

EL HIJO

Cansado siempre... triste y miserable,  
¡cuántas veces en lágrimas deshecho,  
de este hogar recordé la paz amable!

EL PADRE

Hijo: la dicha verdadera, estable,  
se ampara sólo del paterno techo.

EL HIJO

Indigno soy de hollar la bendecida  
feliz mansión cuya pureza empañó...

EL PADRE

Nunca en ella el rencor tuvo cabida.  
¡Pastores! ¡Inmolad a su venida  
la cordera mejor de mi rebaño!

---

LAS SOMBRAS DE LOS HÉROES GRIEGOS  
RODEANDO A LEONIDAS AGONIZANTE

¡Surca ya del Elíseo la ancha zona,  
pues en tus sienes el laurel destella  
con que la patria al héroe galardona!

LEONIDAS

¡Dióme ella vida!... ¡El alma no ambiciona  
laurel más alto que morir por ella!

LAS SOMBRAS

Vive ya con la vida de la historia.  
A más clara región levanta el vuelo  
y al mundo deja sólo tu memoria...

LEONIDAS

¡Privad, dioses, mi nombre de la gloria,  
mas no mis huesos del nativo suelo!

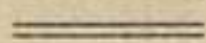
LAS SOMBRAS

De hoy más, tu noble patria enaltecida,  
envidia dando a los soberbios reyes,

dirá que mueres por ganar la vida,  
por escalar altura merecida...

LEONIDAS

«¡Decid que muero por cumplir sus leyes!»



EL GENIO DEL ERROR

DESDE LAS RUINAS DE PARIS

Duda, mortal, y adora la sombría  
esfinge de la nada. Mata y muere.  
¡Templo y hogar y patria desafía!...

LA HUMANIDAD

¡Domine!... ¡Miserere!... ¡Miserere!

LA VOZ DE LA HISTORIA

¡El hombre marcha; pero Dios le guía!

## XXVI

### PEREZA

No de rizosas plumas el mullido  
cómodo lecho mi pereza ansía,  
sino de blando césped en la umbría  
fresca arboleda solitario nido:  
un cielo azul: el lento y sostenido  
gotear de la fuente en la vacía  
sonante roca y el olor que envía  
el pino, por las auras removido.

Brotan luego al caer el sol poniente,  
creciendo con las sombras el reposo,  
del ruiseñor las trémulas escalas,  
y entornará mis ojos dulcemente  
ese sueño tranquilo y misterioso  
en que a la mariposa nacen alas.



## XXVII

### DESPOTISMO MATERNAL

Cuándo Rosa tenía  
quince abriles, su madre la decía:

—«Hija mía, no bajes a la reja  
para hablar con aquél».

Y Rosa murmuraba en son de queja:

—«¡Qué madre tan cruel!».

—«Habla, yá que tu mano le destinas,  
con él por un balcón».

—«¡Está tan alto!... Y luego, las vecinas...  
(¡Qué poca compasión!)»

—«De lo que escuches, aunque mal te cuadre,  
no creas la mitad.»

—«¡No creerle!... (Señor; ¡pero mi madre  
no ha tenido mi edad!).

. . . . .

Años después, decía

Rosa a una niña que su voz oía,  
también con impaciencia:

—«¡Si hablar a un hombre quieres, hija mía,  
en voz alta ha de ser y a mi presencia!»



## XXVIII

### MAÑANA

Con la inocencia que desarma y vende  
la primera pasión, incauto y ciego,  
yo me quejaba del rigor que ofende  
y que aviva su fuego.

Oyéndome, su frente se encendía  
con el rojo matiz de la amapola,  
y al despedirme luego me decía:  
«Mañana estaré sola»,

Y así un día y un mes y más de un año  
transcurrió; yo importuno, ella prudente.  
Y aún estás, corazón, ¡oh dulce engaño!  
esperando impaciente...

Al separarme de ella en mis oídos  
su halagadora voz quedaba impresa,  
y era embriaguez del alma y los sentidos  
la traidora promesa.

¡Cuántas noches pasé, bajo el encanto  
nacido de aquél labio mentiroso,  
esperando un mañana que entre tanto  
me hacía ya dichoso.

¡Cuántas pasé de locas bendiciones  
colmando en mi candor a la fortuna  
y del reloj las lentas vibraciones  
contando una por una!

¡Mañana!... murmuraba, de su acento  
recordando las notas de amor llenas;  
y era fuego en mi frente el pensamiento  
y la sangre en mis venas.

Como el avaro que en la noche oscura  
recuenta su caudal ávidamente,  
así yo repasaba su hermosura  
en mi abrasada mente,

El breve pié, la mano delicada,  
los luengos rizos negros y sedosos  
besaban en la sombra recatada  
mis labios ardorosos.

Su voz de timbre seductor y blando,  
sus ojos grandes de pudor inquietos,  
mi sér enloquecían, revelando  
dulcísimos secretos.

Tal vez de mi pasión en los antojos  
su belleza aumentaba peregrina.  
que siempre excede a lo que ven los ojos  
lo que alma adivina.

Pero de aquel tesoro único dueño  
era merced a crédula esperanza.  
¡Oh placer! nunca fuiste más risueño  
que visto en lontananza...

Por fin, cuándo las aves ya despiertas  
anunciaban la luz del nuevo día,  
se cerraban mis ojos y sus puertas  
el paraiso abría.

. . . . .  
Mucho tiempo ha pasado. De repente  
nos separó con rápida oleada  
la vida: yo la ví por su corriente  
huir arrebatada.

No supe de ella más; perdí su huella;  
pero en secreto el corazón me avisa  
y sé que a veces a la historia aquella  
concede una sonrisa.

Mucho tiempo ha pasado; muchas cosas  
voy olvidando yá; pero aún impresa  
llevo en mi sér con letras luminosas  
su traidora promesa.

Y cuándo en otros brazos he creído  
la ventura encontrar apasionado,  
un recuerdo tenaz me ha entristecido:  
el del placer soñado.

¡Oh mujer! En tu ciega inexperiencia  
con gratitud mi espíritu te admira,  
porque ha sido el placer de mi existencia  
esa dulce mentira.

Dando al engaño generoso empleo  
resolvió tu candor el más sombrío  
problema, pues hiciste que el deseo  
triunfara del hastío.

Tu voz, por eso, el corazón agita  
más tentadora cuanto más lejana  
¡oh mujer! porque el hombre necesita  
junto al sepulcro murmurar: «mañana».

XXIX

Tiene la bella  
por quién padezco  
blanca la frente,  
negro el cabello,  
los ojos grandes  
y el pié pequeño;  
pero no sé, no sé si tiene el alma  
de nieve o fuego.

Cuando la pena  
que me enloquece  
la digo, me oye  
riendo siempre;  
sus carcajadas

¡ay! me entristecen  
y exclamo con dolor: — «En ese alma  
no hay más que nieve».

Desesperado  
de ella me alejo.  
y entonces calla,  
y entonces veo  
sus ojos grandes  
brillar de celos,  
asomando a su frente, de su alma  
oculto fuego.

Y de este modo  
miro impaciente  
huir pesares  
que luego vuelven,  
y a veces dudo  
y espero a veces,  
sin lograr descubrir si tiene el alma  
de fuego o nieve.

Con tal, Dios mio,  
que, en el silencio,  
aunque me mientan,  
mire un momento  
sus ojos grandes  
brillar de celos,  
la he de amar sin saber si tiene el alma  
de nieve o fuego.

### XXX

No dudo, Juan, que tu virtud merece  
la rica joya que tu frac decora,  
y aún pienso que esa placa tentadora,  
no tanto como aquélla resplandece:  
tu generoso pecho la ennoblece  
y ella en cambio te humilla, pues traidora  
vá diciendo, al brillar, que se aminora  
el mérito según el premio crece.

Cuán hermosa ¡oh violeta! te contemplo  
en el discreto césped escondida  
y embalsamando, humilde, la floresta...  
Bien sé que me dirás: «¿Y el buen ejemplo?»...  
Pues si pretendes ver reproducida  
en otros tu virtud, hazla modesta.





## TRANSMIGRACIÓN

Si es cierto que el alma deslízase errante  
y unida a la inerte materia se agita,  
aún antes que al cuerpo del hombre ligada  
comience a sufrir,

y oculta en la piedra su esencia un instante,  
y luego en las hojas del árbol palpita  
y vive en el bruto y en larga jornada  
progresa sin fin;

a ser esto cierto, sin vana arrogancia  
pudiera narrarte, pues eres curiosa,  
del alma que habita tu cuerpo en clausura  
la historia veraz.

Que aun guardas, voluble, la vaga inconstancia  
de haber animado gentil mariposa;  
la flor de la adelfa te dió su amargura,  
y el marmol, frialdad.

Y es tanta mi ciega pasión, que pudiera  
legar al olvido tu historia elocuente,  
por más que tu pecho conserves resabios  
cruels de ayer.

A ser esto cierto, mi amada, quisiera  
vivir en las flores que adornan tu frente,  
en esa paloma que bebe en tus labios,  
latir en las piedras que huella tu pié.

XXXII

EPÍSTOLA A UN CIEGO

Q uedó al saberlo el alma entristecida  
y parecióme oír lejano acento  
que enviaba una eterna despedida.

¡Perder la luz! ¡Sentir en un momento  
que con horrible ingratitud nos deja  
cuanto amamos en lóbrego aislamiento!...

Ya tu inmóvil pupila no refleja  
tu pensamiento; del cristal oscuro  
hasta tu propio espíritu se aleja...

Lentamente, apoyándote en el muro  
avanzarás ahora, que tu paso,  
ya es para siempre débil e inseguro.

La negra noche envidiarás acaso,  
que nunca falta en ella, por sombría,  
de alguna estrella el resplandor escaso:

y hasta el reflejo cárdeno que envía  
la tempestad y a los demás aterra,  
¡pobre ciego! tu noche alegraría...

No es la muerte, es peor: bajo la tierra  
descansa el hombre; pero tú, oprimido  
por angosto sepulcro que te encierra,

sientes que llega a tí, no interrumpido,  
de la vida el constante movimiento,  
el calor, el perfume y el sonido.

Como al caer exánime y sediento  
en ardiente arenal el caminante  
falso espejismo burla su tormento,

dando forma a esa vida palpitante,  
fiel tu memoria aumentará tu pena,  
traidora evocación del bien distante.

De tu desierto la movible arena  
no tiene fin; extiéndese lejana  
y en toda dirección el mundo llena:

bien sabes que el oasis de lozana

verdura no hallarás, ni bienhechora  
vendrá a tu paso errante caravana.

¡Con cuánto afán recogerás ahora,  
todo leve rumor!... Por más que intentes  
dominar ansiedad devoradora,

recuerdos de horizontes esplendentes  
despertarán las aves con su trino;  
las flores, con su aroma, sonrientes

paisajes y del viento vespertino  
el ósculo suave, la grandeza  
de un sol que ya no alumbra tu camino.

¡Cuan profunda y amarga tu tristeza!...  
¡Hoy amarás cual nunca la hermosura  
de esa ingrata cruel Naturaleza!...

Por eso, cuándo a mí tu desventura  
llegó por labio extraño referida,  
sentí miedo pensando en esa oscura

prisión que te separa de la vida  
y parecióme oír tu lastimera  
voz enviando eterna despedida.

. . . . .  
Después reflexioné. ¿Quién resistiera  
tamaño desconsuelo, por sufrido,  
si otra luz para el alma no existiera?

Ella compensará la que has perdido:  
y pues la senda ya de la experiencia  
en su trozo mayor has recorrido,

recibe como un bien esa sentencia  
que al entornar tus fatigados ojos  
a solas te dejó con tu conciencia.

Tiemble aquel que se oculta con sonrojos  
de si mismo y la sombra vé poblada  
por los espectros del delito rojos,

no tú; de la conciencia sosegada  
nace una luz más dulce y más tranquila  
que el rosado claror de la alborada.

Hoy que no se refleja en tu pupila  
el rostro de los hombres, dí: ¿no sientes  
que al juzgarlos, tu sér ya no vacila?

Esos hábiles rasgos elocuentes  
que a su faz acomoda con acierto  
el hombre, para tí son transparentes;

en abstracción perpétua, no al incierto  
mudable gesto miras, y el engaño  
por ojos que no ven es descubierto.

Si le obliga a buscar apoyo extraño

tu mal, para que puedas cauteloso  
ir esquivando el invisible daño,

piensa si no es el cielo generoso  
cuando la hija que te dió convierte  
en ángel de tu guarda cariñoso.

Puro es su cerazón, el tuyo fuerte  
y doblemente os amaréis, pues doble  
auxilio os prestaréis hasta la muerte.

Tú, de esa yedra vigoroso roble,  
de su candor serás guía y defensa;  
ella será tu apoyo firme y noble.

Su voz que vibra con ternura inmensa,  
ráfaga que desciende luminosa  
en lo profundo de tu sombra densa

y hace brotar, con realidad pasmosa,  
el color y la línea, estos renglones  
verterá en tus oídos melodiosa.

Como de aquel acento te abandones  
al inefable encanto, no es creíble  
que te venzan amargas reflexiones.

Yo sé que de tu pecho la temible  
tristeza ahuyentará y el torpe anhelo  
de la duda letal hará imposible.

Su labio te dirá que el negro velo  
que ante tus ojos desplegó el destino  
puede el mundo ocultar; pero no el cielo.

Y el bien perdido encontrarás mezquino;  
y aprenderás que al corazón ofrece  
todo humano dolor algo divino,

algo que purifica y ennoblece,  
calor de una esperanza que no existe  
más que en el pecho aquel que la merece.

Es nuestra débil condición. Por triste  
que a sus ojos parezca esta morada,  
el hombre a abandonarla se resiste.

Dichoso el que al final de su jornada  
acercándose, logra lentamente  
ir separando de ella su mirada,

y a medida que el término presiente  
más próximo, estos lazos uno a uno  
vé aflojarse tranquilo y sonriente.

Así tú, poco a poco, el importuno  
bullicio esquivas y a la voz esperas  
que ha de llamarte, sin temor alguno.

¡De cuántas ilusiones pasajeras



se desprendió tu sér en los umbrales  
de esas tinieblas hondas y severas!...

Dentro de esas murallas que fatales  
te cercan, aflojarse habrá sentido  
tu corazón los lazos terrenales.

Por eso, cuando en vuelo no medido  
se aproxime la muerte, sin violencia  
dará tu pecho su postrar latido.

No opone dolorosa resistencia  
quien antes yá, sin duelo y sin espanto,  
la entregó la mitad de su existencia.

Envuelto en ese misterioso manto,  
caro amigo, a mis ojos te apareces  
con la aureola del martirio santo;

y no a mi juicio compasión mereces,  
yá me figuro que en augusta calma,  
midiendo las tinieblas de mi alma,  
eres tu quien a mí me compadece.



## XXXIII

### ODIO

El odio es fuego y como el fuego quema.  
Ciega cual del relámpago la luz.  
Los ojos que odian, cuando miran, matan.  
¡Oh! ¡Si me odiaras tú!...

Pero cuando en las mias se detiene  
de tus pupilas el reflejo azul,  
tu indiferencia es peso que me oprime,  
peso de helado gigantesco alud.

Y me atrevo a esperar y desespero  
y dudo, y a esperar tornaré aún...  
En tu odio la muerte encontraría  
y en la muerte, quietud.

Y ¿quién sabe? Si en tí surgiera el odio,  
clavado de tus iras en la cruz,  
tal vez mi amor entonces comprendieras  
medido con tu propia ingratitude.

\*  
\* \*

Enamórase el niño de la estrella  
y su empeño hace al hombre sonreír.  
No sueño con tu amor: es imposible:  
con adorarte, sí.

No sueño con tu amor, pero no puedo  
la atracción poderosa combatir  
que a tí me lleva, y cuando lloran, piden  
mis ojos algo que me ligue a tí.

Brote en el manso lago fugaz honda;  
breve sombra en tu frente de marfil;  
hablen tus ojos una vez; escuche  
tu corazón latir...

Duerme bajo la nieve el rubio grano;  
tu corazón acaso duerme así...  
¿pero donde está el rayo esplendoroso  
que la dorada espiga hará surgir?

\*  
\* \*

El odio es algo que las almas liga:  
o mata o se transforma en gratitud.  
De otros me oirás decir: «¿por qué me odias?»  
De tí, siempre: «¿por qué no me odias tú?»

XXXIV

DEL MURCIA-PARIS

Es el pueblo, ese anónimo poeta  
esquivo a los halagos de la fama,  
que el precepto del sabio no respeta,  
el que hoy debe cantar.

Su inspiración indócil se derrama  
en olas como el mar: Dios equilibra  
esas olas y en ellas su voz vibra  
como en la voz del mar.

El cantar de las masas ignorantes  
es mariposa en que la luz riela  
al temblar de sus alas chispeantes  
el impalpable tul.

Al acaso nació, sin rumbo vuela,

y como el de la flor que inculta brota  
quizá su gérmen de los aires flota  
en la región azul.

Hoy al poder del genio se confunden  
virtud y arte: en las márgenes del Sena  
brota un himno y los ecos lo difunden  
de la fama veloz.

El corazón del pueblo, en que resuena,  
contestará sin miedo ni arrogancia  
al himno aquel, pues de la tuya ¡oh Francia!  
solo es digna su voz.

¡Hondo silencio reina en la murciana  
desolada llanura!... Opacamente  
doblando a muerto llora la campana  
por el dolor común.

La musa popular dobla su frente.  
¿Cómo cantar?... Las flores cubrió el cieno  
y de la patria el lacerado seno  
está sangrando aún.

Al germinar de nuevo los maizales;  
cuando la tierra que hoy cubre a los muertos  
comience a florecer, y los morales  
recobren su verdor:  
al madurar la fruta de los huertos;  
cuando brille en los ojos la esperanza,  
y el sol en los aperos de labranza  
con alegre fulgor.

Al recortar la choza sobre el claro  
horizonte su lábaro bendito:  
cuando el amor a su celeste amparo  
encienda el santo hogar,  
y ese dulce reposo que el delito  
envidia, en él, al terminar el día  
encuentre el pobre, y torne la alegría  
en él a retoñar.

Entonces, del rincón en que olvidada  
hoy yace la guitarra triste y muda,  
saldrá con nuevos lazos adornada  
de risueño matiz,  
y acariciada por la mano ruda  
del huertano será, quien palpitante  
la estrechará como a dormido infante  
sobre el seno feliz.

En su caja, al calor del sentimiento,  
se incuba el germen de leyenda extraña,  
en ella late el malicioso cuento,  
la religiosa fe,  
el nombre popular, la heróica hazaña,  
la gratitud que en el deber se inspira  
y la frase de amor que se suspira  
de oscura reja al pié.

Murcia dará un lugar en sus cantares  
a tu nombre ¡oh París! y de sonoras

notas como a sus héroes populares  
un nimbo ceñirá.

Y en las ruidosas zambras, y en las horas  
de nocturna velada repetido  
con júbilo en el alma y bendecido  
ese nombre será.

Así lo espero, pues así lo jura  
la madre por el nido ya vacío;  
por su implacable y negra desventura  
el pobre labrador,  
el huérfano inocente por el frío  
desierto hogar, la virgen enlutada  
por la esperanza de su amor robada  
y un pueblo, hermano tuyo, por su honor.



## XXXV

**S**i arrastrando vas, alma, esta cadena  
por algo; si el azar, verdugo ciego,  
no la forjó; ni sordo al triste ruego,  
a la cárcel del cuerpo te condena;  
si brota la esperanza de la pena  
como de las borrascas el sosiego,  
torna a llevar tu cruz y en blando riego,  
con lágrimas de amor, tu mal serena.  
Digna en la adversidad, con diestra fuerte  
anuda al corazón rudo cilicio  
y así al encuentro del dolor avanza.  
Mas si la duda ya te hirió de muerte,  
muere, porque el vivir es sacrificio  
que solo se merece la esperanza.



XXXVI

LAS ALMAS SOLAS

**E**n arenosas  
inmensas landas,  
solas y mudas  
brotan las palmas,  
como nacen al mundo silenciosas  
las almas solitarias.

Brindando sombra,  
frescura grata  
siempre tendidas  
están sus ramas;  
pero ¡ay! que el caminante se detiene  
breve momento, y pasa.

Ofrecen nobles,  
dulce y dorada  
fruta que extingue  
la sed que mata;  
mas nadie con el fruto generoso  
su ardiente sed apaga.

Cuando las mece  
viento que abrasa  
con voz sentida  
gimen o cantan;  
pero a escuchar su voz nunca hizo alto  
la errante caravana.

Por eso al cielo  
sus frentes alzan,  
huyendo altivas  
de tierra ingrata,  
como las almas solas que se elevan  
sobre las otras almas.

No busca el rayo  
la humilde planta,  
sino que hiere  
las cimas altas.  
La palma espera al rayo: el alma sola  
espera la desgracia.

Las almas solas,

como las palmas,  
en el olvido  
viven y pasan;  
mas quien riega las palmas del desierto  
también oye a las almas solitarias.



XXXVII

LO QUE DICE EL SILENCIO

Cuando muere de abril tarde tranquila  
y en el seno del bosque se destila  
    dudosa claridad,  
la ansiada libertad que el hombre sueña  
y cuya sombra en alcanzar se empeña  
    canta en la soledad.

Hablan también las ruinas polvorientas,  
alfombradas de hierbas macilentas  
    con elocuente voz:  
mudas nos hablan de algo que no muere,  
algo que de los siglos nunca hiere  
    la corriente veloz.

Al dulce abrigo del materno seno  
duerme el infante cándido aún ajeno  
al humano sufrir.

Y escúchase en el sueño silencioso,  
entre rumor de cánticos, gozoso  
su espíritu reir.

En vano en el silencio se promete  
de calma disfrutar el que comete  
abominable acción:  
aunque el labio enmudezca, atronadora  
turbará aquella calma engañadora  
la voz de su razón.

Frases de melancólico misterio  
llenán del apacible cementerio  
el silencio tenaz.

Promesa dulce de futura suerte:  
el eterno silencio de la muerte  
es un himno a la paz.

Los astros que en el éther balancean  
las encendidas frentes que chispean  
volando sin rumor,  
los unos a los otros se eslabonan  
y el ¡Ave! sacro a la grandeza entonan  
del Supremo Hacedor.

.....

Yo escuché como tú la voz que, muda,



respondió en el silencio a alguna duda,  
y la duda alejó.

Y lo que al alma dicen muchas cosas,  
para el oído humano silenciosas,  
lo sabemos tú y yo.

Pero cuando ante el mundo indiferente  
de la mirada con la luz ardiente  
nos hablamos los dos;  
cuando en silencio el corazón estalla  
lo que nos dice aquél y el labio calla,  
eso... sábelo Dios.



## XXXVIII

### EL ESPEJO DE LA VERDAD

(DE FLORIÁN)

En siglo por desgracia muy lejano,  
la verdad por el mundo discurría  
sin velo alguno y con espejo en mano.  
¡Dichosa edad sería  
de abundancia, de paz y de alegría!

El sér humano, cándido, inocente,  
mirábase al cristal claro y bruñido  
que copiaba sus faltas elocuente.

Defecto conocido  
era al punto enmendado y corregido.

Mas ¡ay! que el hombre al fin rindió tributo

a su debilidad; rico tesoro.  
Perdió al morder el engañoso fruto.

Hoy con amargo lloro  
la edad recuerda que apellida de oro.

Y la pobre verdad que iba desnuda,  
en la humana inocencia confiada,  
huyó dejando en su lugar la duda.

La cínica mirada  
del hombre, esquiva en su eternal morada.

Mas cuéntase que al remontar el vuelo  
el espejo, ya inútil, con profundo  
desdén lanzó contra el ingrato suelo.

En menos de un segundo  
quebró el cristal chocando con el mundo.

Sus fragmentos, menudos y brillantes,  
el vulgo necio recogió curioso,  
y suelen ser juguete de ignorantes.

El hombre virtuoso  
en busca suya corre presuroso.

Pero si alguno encuentra, por ventura,  
es tan escaso su cristal sincero,  
que sólo copia en parte su figura.

El sabio es el primero  
que no se vé jamás de cuerpo entero.

## XXXIX

**D**esperta, voluntad, que siempre es hora  
de que velando estés; más llegó el día  
en que es tu sueño infame cobardía  
si fué hasta aquí pereza soñadora.  
Despierta: y la pasión enervadora,  
la queja estéril y la duda impía  
desvanézcense yá como la fría  
lóbrega noche al despertar la aurora.  
A la común batalla vuela y riñe.  
Trueca ya lo ideal por la bandera  
que el lauro adorna o que la sangre tiñe,  
y ante el peligro irguiéndote severa,  
si no con la del triunfo, sé un momento  
grande con la grandeza del intento.



XL

SIEMPRE DISTANTES

El mar nos separaba cuando unidas  
estaban nuestras almas.

Yo escribía en mis cartas «no me olvides»;  
Tú, en las tuyas, «¿qué importa la distancia?»

Unímonos después... mas ¡qué distantes  
nuestras almas estaban!

Tú no eras tú; mi amor solo era digno  
de la mujer fingida por tus cartas.

A mi pesar humedeció mis ojos  
abrasadora lágrima;  
pero no la enjugó tu blanca mano,  
la secó tu burlona carcajada.

Piélago de amargura inagotable  
hoy esa breve gota nos separa,  
cuando ayer no bastaba a separarnos  
del mar ilimitado la distancia.

SIEMPRE DISTANTES

El mar nos separa cuando juntos  
estaban nuestros brazos  
Yo escribo en mis cartas que me olvidas  
y en las tuyas, desde lejos, la distancia.  
Algunos días... me quejas  
cuando a las cartas  
te no es que mi amor solo en silencio  
de la noche sigas por las cartas.  
A mi vez cuando  
algunos días  
te no es que mi amor solo en silencio  
de la noche sigas por las cartas.



IGNOTUS INGLORIUS

Ocultas por las aguas verdosas de los mares,  
en cárceles de nácar inmóviles y presas  
las madre-perlas yacen, viviendo en el silencio  
misteriosa existencia.

Las perlas son las gotas de sangre que derraman  
heridas de su cuerpo, si no miente la ciencia,  
y luego hasta la frente se elevan de los Reyes,  
esas gotas sangrientas.

¡Viviendo en el misterio también; y en el olvido  
luchando con amarga fatalidad extrema  
el Genio, cuántas veces amasa con su sangre  
las obras que a su muerte consiguen gloria eterna!



## XLII

### ENVIDIA

¡C uántas envidias, sobre tu frente  
color de nácar,  
causa esa altiva rica diadema  
de piedras raras!...  
Hermosa y joven, todos te adulan  
y me dan lástima,  
pues de tus penas ignoran todos  
la historia larga;  
mas yo sé, hermosa, que te envenena  
un amor muerto, sin esperanza.

Sin que en tus labios haya una queja  
sufres y callas,  
y te resignas, y en el silencio

vierten tus lágrimas.  
¡Oh tú, mil veces dichosa mártir,  
hostia nevada  
que sin esfuerzo la sien humilde  
dobla en el ara,  
quién a tus labios robar pudiera  
esa sonrisa que al mundo engaña!

A los fulgores de las bujías  
cruzas las salas  
luciendo altiva rica diadema  
de piedras raras;  
tu talle ciñe con blandos pliegues  
cándida gasa  
y acariciando tu nivea diestra  
flores nevadas,  
por las alfombras, como por nubes  
sin peso alguno tu pié resbala.

En esas horas te me apareces  
cuando a mí avanzas  
como nos pinta sus nobles mártires  
la fe cristiana:  
con alba túnica, con envidiable  
florida palma,  
y esa diadema que orna tu frente  
de piedras raras,  
se me figura glorioso nimbo  
de brilladoras estrellas blancas.

Por eso, hermosa, también la envidia,  
y envidia amarga,  
con fuego escrita leerás entonces  
en mis miradas;  
mas no la causa tu apetecida  
rica diadema de piedras raras,  
sino ese círculo de brilladoras  
blancas estrellas que orna tu alma.



## XLIII

### IMPOSIBLE

**S**i yo encontrar pudiera la milagrosa vara  
que de Moisés en manos, en árido desierto  
logró de estéril roca las aguas arrancar,  
con ella, ingrata hermosa, tu corazón tocara,  
tu corazón de mármol, al sentimiento muerto,  
y aún dudo que las lágrimas llegasen a brotar.





XLIV

ABEN-TAHER,  
CAUDILLO DE MURSIET

TRADICIÓN-(1079)

*Estaba escrito*

Sobre la vega de Tadmír, no lejos  
de la rica Mursiet, peñón altivo  
rasga el verde tapiz, y al cielo sube  
coronado de almenas. En el limpio  
sosegado cristal del ancho Tádher  
se dibujan sus torres de granito  
donde anidan las águilas. ¡Qué tristes  
historias yacen en el polvo frío  
que vá arrancando a la musgosa piedra  
la inmensa pesadumbre de los siglos!  
Hermoso el valle de Tadmír se extiende

de sierra a sierra: cármenes umbríos  
verde oleaje imitan, cuya espuma  
es la flor del naranjo. Dios lo quiso,  
y los alados genios, cuyo aliento  
forma el aura estival, los verdes silos  
no abandonan jamás; las rosas muertas,  
al sacudir sus pétalos marchitos,  
otros nuevos descubren; no hay invierno  
en región tan hermosa.

Rondo grito,  
dominando el zumbar de las colmenas,  
el canto del pastor, del manso río  
la soñolienta voz, y el són agreste  
de las brisas que cantan en los pinos  
se extiende por el valle; voz de guerra  
que acelera del pecho los latidos,  
que en el monte, al pasar, despierta el eco,  
y en las almas el odio.

El muro altivo  
de Mursiet, la querida del Profeta,  
relumbra al sol poniente con el brillo  
de las agudas armas que coronan  
sus almenados cubos, y bruñidos  
barretes y dorados bacaríes  
resplandecen con ellas. Intranquilo  
«Alerta» que de labio en labio pasa  
se escucha circular por el recinto  
de la heroica ciudad.

En torno de ella,  
como sierpe de elásticos anillos,

el sitiador ejército se extiende.  
Flamean con el soplo vespertino  
los rojos gallardetes de las tiendas;  
cañaveras espesas removidas  
por el aire, semejan los lanzones  
que de la tarde en sus tajantes filos  
quiebran la luz. Ruidosas alharacas  
brotan doquier; confuso vocerío  
se confunde al piafar de los corceles,  
al choque de los hierros damasquinos,  
al acento de mando, al sordo arrastre  
de las guerreras máquinas; el ruido  
con la impaciencia crece, y la impaciencia  
de minuto en minuto.

Uno es el rito  
de cercadores y cercados; una  
la sangre. Aláh, con superior designio,  
las africanas huestes de Sevilla  
conduce al muro aquel.

Joven caudillo  
la defiende; tan joven, que su labio  
sombrea el bozo apenas; mas del Libio  
desierto en las arenas halló cuna,  
y la voz del león vibró en su oído  
antes que la del hombre: nadie ignora  
de Aben-Taher el indomable brío:  
Abdalá-Ben-Raxic. en cuya frente  
nevó la edad sin apagar el vivo  
fugoso ardor de la guerrera sangre,  
cerco puso a Mursiet, con tal ahinco,

que asombro fué de todos la flaqueza  
en que después trocóse. ¿Qué motivo  
pudo torcer el inflexible roble?...  
Dios es omnipotente, y aún Dios mismo  
se doblega al amor... ¡Aciago día  
en que Abdalá de amor vióse cautivo!  
Daraja es bella... Se arrastró llorando  
a sus piés, de Mursiet por el destino  
rogando, y por la vida de su jefe...  
Al viejo trueca en inocente niño  
la tardía pasión; ciego, a la hermosa  
promete por su honor que en el recinto  
de su harén vivirá, sin que su labio  
sus trenzas roce, hasta que al fin rendido,  
pero con honra y libertad, deponga  
el jefe del ejército enemigo  
sus iras. Y Daraja le promete  
ser suya entonces. El feroz caudillo  
por eso desfallece ante los muros  
de la noble ciudad; por eso el sitio  
interrumpe, una tregua concediendo,  
cuando, de nuevo ejército seguido,  
Aben-Osmar, wasir del sevillano  
Monarca, se presenta de improviso.  
A tanto llega la malicia, a tanto  
la ciega envidia, y el amor tardío,  
que por débil el héroe de cien lides  
su puesto cede con silencio digno,  
y se retira a Montacut.

Daraja

agúárdale en aquel peñón altivo  
que al cielo se remonta, con almenas  
donde anidan las águilas.

Sombríos

hechos guarda en su polvo, triste historia  
en este rudo canto resucito.

¡Daraja!... ¡Aben-Taher!... ¡Vuestro recuerdo  
como la nota del laúd morisco  
que cuanto más distante, más suspende  
al alma que la escucha, baña en tibio  
llanto mis ojos!... El que amante cuenta  
las gotas que resbalan por el lirio  
galardonar debió vuestro tormento.  
Cumplióse vuestro fin. ¡Estaba escrito!

\*  
\* \*

—«Alí, mi buen Alí; tú de mi angustia  
testigo fiel, a caminar te apresta;  
tus pocos años confianza inspiran  
y el candor que en tu frente se refleja.  
Llega a los muros de Mursiet, y luego,  
cual otras veces, con segura diestra,  
dispara tu neblina, y en sus alas  
llegará a su poder esta gacela...  
Deja que aún la roce con mis labios...  
Por el color de tu regazo secas  
las huellas de mis lágrimas, no temo  
que su tristeza aumenten o me vendan...  
Aquí sus labios posara... Los míos  
no me atrevo a apartar... Deja que lea

por la postrera vez estas palabras  
que a él llegarán: ¡mi vida va con ellas!  
«Aben-Taher, cuando la nueva luna  
surja en el cielo, morirá la tregua.  
Rendido o muerto te verá... Si mueres,  
¿qué es de Daraja? Por su amor, te ruega  
que si en el ajizmez de su aposento  
brillar ves una luz cuando anochezca,  
entregues la ciudad, porque he podido  
mis cadenas romper y en la derecha  
margen del Tádher con Alí te espero.  
Vendido estás. Traidores te rodean.  
Probado es tu valor. ¡Ay! ¡Cuántas veces  
por mí vencistes al justar! Recuerda  
que prometí ser tuya y que lo cumplo.  
No triunfó la prisión de mi pureza;  
triunfa tú de tí mismo... ¿Qué es la gloria  
sin el amor?..; La soledad inmensa  
del desierto será nuestro refugio.  
No vaciles. La tuya es mi existencia».  
—«Toma, mi buen Alí, y en el camino  
canta, que de tu voz el rastro pueda  
anhelante seguir. Alah te guie».

Así Daraja, en lágrimas deshecha,  
dice, y Alí la mira entristecido,  
oculta en su regazo la gacela  
y parte.

Ocupa torreón enhiesto  
el camarín lujoso de la bella:

su elevación es tanta, que ella escusa  
inutil celosía. La riqueza,  
por el amor guiada, de aquel nido  
hizo un edén. Las ojivales puertas  
ocultan primorosos arambeles;  
el tosco muro místicas leyendas  
de oro y de grana cinteadas; surge  
sobre columnas débiles y esbeltas  
cual por milagro, cúpula atrevida,  
del cincel granadino obra maestra;  
brillantes azulejos, alcatifas  
primorosas, cogines que de Persia  
vinieron, cuanto puede una sultana  
codiciar, confundido allí se encuentra.  
Reclínase Daraja con desmayo  
del calado ajimez sobre el alféizar.  
La tersa frente de marfil resalta  
en el óvalo negro de las trenzas;  
apóyala en su mano; los rasgados  
ojos que luengos párpados sombrean,  
levanta al cielo en el que apenas brilla  
de la tarde fugaz arrebolera  
y a la ciudad los vuelve que fulgura  
del sol poniente con la luz sangrienta.  
Esas sombras que rápidas descenden  
por las rudas vertientes de las sierras,  
son, de Daraja para el alma triste,  
los ángeles perversos de alas negras  
que al mando de Azrrael, genio de muerte,  
hacia Mursiet sus pasos enderezan.

¡En ella Aben-Taher!... Tierna mentira  
fué no más de Daraja la promesa:  
no acudirá a la cita, que no puede  
romper su esclavitud... Mas cuando sepa  
la libertad de Aben-Taher, cumpliendo  
con la empeñada fe, también espera  
encontrar en la muerte la ansiada  
libertad... Y sonrío con siniestra  
expresión, y en sus ojos aun parece  
que el africano sol relampaguea,  
Súbito se estremece, que en su oído  
la voz resuena de Abdalá. En la espesa  
alcatifa su pié resbaló mudo,  
y así la dice con ternura inmensa  
que al bronco acento endulza:

—«Mi sultana,  
oye a tu amante súbdito: se acerca  
el espirar del plazo: el oro mio  
sembró en la plaza la traición: severas  
órdenes guardarán la cara vida  
de tu caudillo: si a la fuga apela  
se amparará su fuga: si se rinde,  
respetarán su vida con su hacienda.  
La luna vá a brillar, la tregua espira,  
tús órdenes cumplí: ¿qué más deseas?»  
—«Gracias, señor, Daraja le responde,  
cumpliré mi palabra cual la vuestra  
cumplís». Y a sonreír torna enseguida  
de modo tal, que causa miedo y pena.  
En esto se levanta desde el valle



la voz de Alí, del buen Alí que vuela  
sobre ligero potro; y aunque canta,  
revela su canción vaga tristeza.

Las sombras crecen y Daraja enciende  
con honda angustia perfumada tea,  
cuya luz a Mursiet llega sin duda.

En mudo arrobamiento la contempla  
el débil Abdalá.

Las sombras crecen:

indecisa aureola ya blanquea  
los altos picos.

La infeliz Daraja

su faz, que tiñe palidez intensa,  
en las manos oculta silenciosa...

Nace la luna... y la canción se aleja.

\*  
\* \*

¡Dichosa, primavera de la vida,  
cómo a tu dulce resplandor el alma  
generosa florece! ¡Cómo brotan  
a tu calor las nobles esperanzas  
y el misterioso amor! Por tí Dios hizo  
del Schewal las noches perfumadas,  
y la gloriosa lucha: al heroísmo  
fácilmente el espíritu levantas.

Aben-Taher, en cuyas venas arde  
el fuego del desierto, que en lozana  
juventud abre el pecho a los impulsos  
del amor y la gloria, la contraria

suerte maldice. En desgraciada hora  
su oculto albergue abandonó Daraja  
y se hizo voluntaria prisionera  
del anciano Abdalá. Con honda rabia,  
aunque admirando el noble sacrificio,  
aunque lleno de ciega confianza  
en su pasión, Aben-Taher el pecho  
desgarrársele siente; su mirada  
no puede separar de la bravía  
peña de Montacut; y con amarga  
envidia sigue el levantado vuelo  
del águila feliz!...

La sitiada  
ciudad, apenas defensores cuenta;  
su muda soledad espanto causa.  
Los niños, los ancianos, las mujeres  
huyeron a las ásperas montañas.  
Los que las armas empuñar pudieron  
quedaron coronando la muralla:  
muchos ya perecieron.

Mientras, crece  
el sitiador ejército y avanza.  
A cada grito de dolor responde  
otro grito más triste en las lejanas  
quebraduras del monte; el desaliento  
surge y rápidamente se propaga:  
yá los víveres faltan; ya la diestra  
la javalina con temblor dispara:  
ya se murmura en tono desabrido  
y alta voz; cuando tregua inesperada  
comienza.

En vano Aben-Taher congrega  
a los sabios arraces; sus palabras,  
con la inmediata rendición conformes,  
escucha. En vano con ligera planta  
las murallas recorre: sus guerreros  
pasar le ven con gesto de amenaza...

. . . . .  
Sólo ya con su cólera el mancebo  
su toca azul y su alquicel desgarrar  
y maldice el instante en que engendrado  
fué para tal deshonra y pena tanta.  
Solo está. La mezquita con sus muros  
sagrados le protege. La arrugada  
morena frente dobla pensativo;  
lanzan sus ojos breves llamaradas  
y su crispada diestra la gacela  
de la infeliz Daraja oprime.

Vaga

débil luz vierte lámpara oscilante  
que arranca a la menuda filigrana  
de la bóveda oscura ténue crispas.  
Ha espirado la tregua. La irritada  
plebe falaz atronadora ruge  
en són amenazante.

Con opaca

voz murmura el caudillo: - «¿Qué es la gloria  
sin el amor?... ¿Y qué de mi Daraja  
será cuando yo muera?»... Y por sus labios  
el sordo hervor del corazón escapa.

El fragoroso estrépito se aumenta.  
Mas repentina claridad extraña  
aquel recinto invade: por los altos  
ajimeces penetran rojas llamas  
y humo denso, los muros se estremecen  
y las maderas crujen.

Ya la infamia  
de la cobarde plebe se adivina.  
Con firme paso los dinteles salva  
de la mezquita Aben-Taher y siente  
de cólera y dolor ardientes lágrimas  
resbalar por su rostro. Al cielo suben  
en bermeja espiral las desatadas  
lenguas de fuego que de breves chispas  
el humo denso con fragor esmaltan...  
De Montacut, en el sereno cielo  
la cumbre se dibuja: la mirada  
del angustiado Aben-Taher en ella  
descubre blanca luz. Breve batalla  
consigo mismo riñe; al cabo triunfa  
el amor...

Como tigre que se lanza  
sobre rebaño tímido, desnuda  
la tajante gumia, la compacta  
muchedumbre arrollando, abre camino.  
Ya de Bib-al-munen la puerta franca  
traspasa el vencedor, cuando el mancebo  
al alto muro llega. Cual si un hada.  
amparase su fuga, solitario  
aquel paraje está: segura escala

del muro pende y a su pié, brioso  
corcel halla ensillado; en él cabalga  
y se pierde en las sombras...

De alba espuma  
y de sudor cubierto ya la blanda  
arena pisa en la ribera opuesta  
del río el alazán, la luna blanca  
sus tenues hilos en las frondas quiebra.  
Tan sólo rompe la nocturna clama  
de la ciudad el eco rumoroso  
que a intervalos se pierde en la distancia  
Camina Aben-Taher bajo la espesa  
bóveda de follaje perfumada  
asustando a las aves que enmudecen  
al escuchar su paso; las acacias  
en olorosa lluvia de argentinos  
pétalos se desprenden cuando pasa,  
y alguna vez en la espesura azota  
su almete brillador florida rama.  
Dijérase que al rayo de la luna  
impalpables huríes de nevadas  
túnicas se deslizan silenciosas  
entre los altos troncos.

La esperanza  
huye de Aben-Taher al ver tan solo  
el sitio de la cita, cuando avanza  
una sombra hacia él. Las riendas cobra  
y reconoce a Alí. — «¿Qué es de Daraja?...»  
— «Señor, Alí responde, vuestra vida  
salvó con un engaño; perdonadla

y haced que me perdone; pues revelo  
su secreto...»

Ni el trueno que las altas  
sierras conmueve vibra como el grito  
que Aben-Taher en su delirio lanza,  
Hunde la espuela en el corcel fogoso,  
en su cristal las espumosas aguas  
de nuevo lo reciben, batallando  
con la corriente la ribera gana,  
y de un vértigo presa, en el tendido  
jadeante corcel llega a la falda  
de Montacut.

Saeta vibradora  
dispara un centinela que su raúda  
marcha detiene. Con sombrío acento  
a la presencia de Abdalá demanda  
que le lleven; pero antes conocido  
es y preso.

Su diestra no rechaza  
la que su acero toma. Asombra a todos  
su actitud silenciosa y resignada  
y aún inspira respeto, y aún le temen.  
Por la montaña asciende, y se adelanta  
a su paso Abdalá. Mudo le entrega  
el noble prisionero de su amada  
la engañadora esquila que denuncia  
su sacrificio y prueba su constancia.  
Del anciano celoso al descompuesto  
semblante asoma con fulgor que espanta,  
odio infernal.

—«La muerte solo busco  
—le dice Aben-Taher;— en mí te sacia,  
y sabe que Daraja, si a tí cede  
es solo por mi amor».

A estas palabras  
Abdalá con mirada en que rebosa  
el horrible placer de la venganza  
hace un signo. Obedientes sus guerreros  
al mancebo derriban y lo arrastran  
al pié del torreón en que la triste  
cautiva vela con mortales ansias.  
Lanzando chispas el fatal acero  
silbador por el aire se levanta...  
cuando agudo, vibrante, prolongado  
grito desgarrador que parte el alma  
en la altura resuena... Enloquecida  
en su ajimez, como marmórea estatua,  
Daraja se aparece. Vé la sangre  
correr, y por un vértigo impulsada  
desde el alto ajimez al hondo abismo  
desplómase...

.....  
¡Azrael! ¡Plega tus alas,  
que acaba tu poder donde comienza  
el del eterno amor!

—¡Escrito estaba!





XLV.

¡U na voz acatando soberana,  
partir aún antes que amanezca el día,  
luchando con las sombras, sin un guía,  
sin saber el camino a donde vá!  
¡Emplear vanamente la mañana  
perguiendo coquetas mariposas,  
equivocar las sendas tortuosas,  
aquí cayendo y tropezando allá!...

¡Ver cuál empañá nube cenicienta  
ya por la tarde el azulado raso,  
hollar con fatigado y débil paso  
movible arena que ensangrienta el pié!...

¡Los rigores sufrir de la tormenta  
y a luz del relámpago brillante  
ver el ansiado término distante  
perdiendo ya las fuerzas con la fe!...

¡Mendigar abatido y anheloso,  
puesto ya el sol, hospitalario techo,  
y sobre duro, miserable lecho  
el reposo buscar con ansiedad!...  
¿Y a este viaje rápido y penoso  
en que sucumbe el ánimo más fuerte  
llámase Nacimiento, Vida y Muerte?  
¡Dios lo quiere! ¡Hágase su voluntad!

XLVI

Amar al Sér Altísimo es orar.  
Amar a nuestros padres es cumplir.  
Amar a nuestro prójimo es sembrar.  
Amar a las mujeres es mentir.  
Amar a una mujer, eso es amar.



## XLVII

Dios mío! ¿Será grande,  
me dije yo en mi silencio,  
el pensamiento humano  
que al dilatarse abarca el universo?

¿Y del inquieto espíritu  
la voluntad, anhelo  
que sin medida crece  
sin conocer ni intervalo freno?...

Y extraña voz oculta  
me interrumpió diciendo:  
«Más grande es el amor, que a un tiempo mismo  
llena la voluntad y el pensamiento.»



XLVIII

CANTO DE AMOR

(PALABRAS PARA LA MELODIA DE ESTE TITULO, ORIGINAL DE  
D. ANTONIO LOPEZ ALMAGRO)

Juré por su honor—callar y sufrir.  
Con llanto de amor—silencio juré.  
Y en hora fatal—me dijo al morir:  
«¡También por mi mal—te amaba y callé!»

Los ojos en mí  
llorosos fijó:  
sonrisa mortal  
sus labios plegó:  
se oía volar  
la muerte en redor.  
¡Fué un beso cruel  
su beso de amor!

De espinas de amor—ceñida la sien  
los dos con valor—supimos sufrir.  
Su beso glacial—me habló, por mi bien,  
de amor eternal—que nace al morir.

Su sér en mi sér  
latir siento yo.  
Por mí la oigo orar  
delante de Dios.  
Si pienso en morir  
me dice su voz:  
«¡La vida es fugaz  
y eterno el amor!»



## XLIX

### EN SIENDO YO GRANDE...

**L**a sombra es profunda, ya muere el confuso  
rumor de las calles, las horas avanzan  
y aun brilla en la altura con ténues reflejos  
de humilde buhardilla la estrecha ventana:  
el niño aún estudia y en tanto afanosa  
la madre trabaja.

El niño los ojos que el sueño fatiga  
del libro separa, los fija en su madre,  
y al ver que al trabajo se dobla en silencio  
su frente que arrugan insomnio y pesares,  
suspira y murmura con honda impaciencia:  
«Si yo fuera grande»...

Bien sabe la pobre viuda que entonces  
el hijo a su madre quizá olvidaría  
que a brazos exrtaños enlaza los suyos  
el hombre cumpliendo la ley de la vida;  
lo sabe y no obstante asoma a sus labios  
alegre sonrisa.

— «Verás, dice el niño, verás como vuelven  
las horas aquellas que huyeron fugaces,  
el grato reposo, los fieles criados,  
el cómodo lecho, la mesa abundante;  
verás cómo enjugas por siempre tus ojos  
en siendo yo grande».

No ignora la madre que al término triste  
su vida se acerca con rápido vuelo,  
pues vé con espanto triunfar de sus fuerzas  
dolores del alma, fatigas del cuerpo;  
lo sabe y no obstante sus frases escucha  
con dulce embeleso.

Y el niño prosigue: — «De aquel escondido  
rincón donde dices que duerme mi padre,  
verás como hacemos que broten las flores,  
su nombre en el mármol con letras brillantes  
verás, y su sueño será más tranquilo  
en siendo yo grande».

La madre recuerda que en lóbrega fosa  
cayeron los restos del hombre querido,

la fosa del pobre, y allí se mezclaron  
con otros: ¿quién roba su presa al abismo?  
Lo sabe y no obstante con rostro sereno  
sonríe a su hijo.

Así de la noche las horas transcurren  
soñando despiertos el hijo y la madre,  
y aún ella le dice creyéndolo a veces:  
«¡En siendo tú grande!»



## DOS VERSOS DE LAMARTINE

*Le livre de la vie est le livre supreme  
Qu' on ne peut ni fermer ni rouvir a son choix.*

**E**s verdad. Mundos y átomos unidos  
por una oculta y misteriosa fuerza,  
sobre el abismo giran suspendidos  
del uno al otro en pos.

No hay ley ni valla que su rumbo tuerza,  
y ese poder sin límite, supremo,  
«es la fatalidad»... dice el blasfemo;  
y el universo le responde «¡es Dios!»

Es verdad. La corriente de las horas  
jamás sobre su cauce retrocede:

huyendo van, saetas voladoras,  
que nunca han de volver...

¿Quién de sus garras invisibles puede  
arrancar con amor el bien perdido?

¡No detiene sus alas el gemido!

¡No las detuvo el canto del placer!

El adorado sér por que palpita  
el alma, ¿quién disputará a la muerte?

¿Quién a la flor que el ábrego marchita  
devolverá el color?

Escrita está nuestra inmutable suerte;

¿pero acaso no surge la esperanza

de entre esos restos que al abismo lanza,

el sér que muere y la agostada flor?

En forma de recuerdo, el alma aloja  
al sér que muere; y en su seno existe.

De la pálida flor que se deshoja

otra flor brotará.

La muerte, sólo para el débil triste,

para la fe es amiga deseada,

fin del dolor, aurora sonrosada,

fulgente escala que hasta el cielo vá.

Bien dijo el dulce trovador del Sena:

¿Quién a su antojo el libro de la vida

cierra, ni por la página serena

a su placer lo abrió?...

Más... ¿qué importa? La diestra bendecida

que aquellas dobla, derramó el consuelo  
cuando en la eterna página del cielo  
la palabra «esperanza» dibujó.

De cuánto consiguió forma animada  
deslízase la universal corriente  
sometida a esa voz que de la nada  
hiciérala surgir.

Ni un solo sér la temeraria frente  
contra esa voz levanta en són de guerra,  
ni de su breve paso por la tierra  
cuenta pide inquiriendo el porvenir.

El hombre, solo el hombre, en cuyo seno  
de la inmortalidad el germen late;  
el hombre, extraña unión de luz y cieno,  
de la virtud y el mal,  
consigo mismo en singular combate  
las horas mide con angustia inmensa  
y ante la esfinge silenciosa piensa  
lo que su arcano guardará fatal.

¡Ay! Cuando al labio acerca la fortuna  
la hirviente copa que el placer escancia,  
con triste són la péndola importuna  
nos condena a sufrir.

Aun no borra del tiempo la distancia  
la página de amor resplandeciente  
cuando ya nos aterra la siguiente  
que quizá el desengaño ha de escribir.

Más feliz de las selvas el alado  
cantor modula el triste melodioso  
de un amor por la duda no empañado,  
sin mañana ni ayer.

¿Por qué temer el porvenir dudoso?  
Al beso de la dulce primavera  
entrégase al amor la tierra entera  
sin pensar que el invierno ha de volver.

¿Por qué no hacerlo así? ¡Toda la vana  
ciencia del hombre, en el crisol, no arroja  
un átomo de luz de esa mañana  
que amaneciendo está!...

¡Oh corazón! quizá la postrer hoja  
doblando estás del libro de tu vida;  
pero, canta; la estrofa interrumpida  
en más alta región continuará.



# APÉNDICE



## RICARDO GIL

PARA evitar suposiciones aventuradas debo advertir, ante todo que el nombre puesto a la cabeza de estas líneas no es título de novela naturalista ni de cuento inverosímil, aunque inverosímil pueda parecer algo de lo que voy a contar.

Ricardo Gil no es un engendro de mi fantasía: es un personaje real y efectivo, hasta donde puede ser real y efectivo un hombre de carne y hueso, avecindado en Madrid y provisto de su correspondiente cédula personal.

Como no gusto de andar con misterios, anticipo desde ahora, que Ricardo Gil es pura y sencillamente uno de los poetas más nota-

bles y menos notados que ha producido España en nuestros días.

Que es de los menos notados, ello solo se prueba: de los ochenta mil lectores de «El Imparcial» no hay seguro ciento que hayan notado hasta hoy la existencia de nuestro poeta.

Que es de los más notables, lo va a probar el mismo interesado, a quien para ello cederé la palabra, porque no soy tan vano que pretenda convencer a nadie por el mero influjo de la mía. En arte, como en comercio, la *muestra* es la mejor recomendación del género.

Me reduzco, pues, a decir, por vía de preámbulo, que Ricardo Gil es un poeta cuyos versos contienen fundidos en amalgama perfecta los tres elementos constitutivos de toda buena poesía: el pensamiento, la imaginación y el sentimiento. En unos predomina la idea, en otros la emoción; pero nunca aislada, sino cada cual acompañada de sus dos hermanas congénitas.

*A tout seigneur tout honneur.* Empecemos por el pensamiento.

En poesía, el juicio tiene dos funciones de suma importancia: en primer lugar, él es quien dispone y ordena el plan de la obra poética conforme a las exigencias del asunto. Después, él es también quien avalora el esti-

lo con conceptos que son como frutos nacidos naturalmente entre el follaje de la imaginación.

La razón de Ricardo Gil funciona de ambos modos. De lo primero no cabe presentar muestra, porque cualquiera de sus composiciones más importantes bajo ese punto de vista ocuparía todo el lugar de que hoy dispongo para él y para mí.

De lo segundo se hallarán ejemplos a granel con solo abrir su libro por cualquier página. (¡Ah! Se me olvidaba decir que su libro se titula DE LOS QUINCE A LOS TREINTA).

Ved como habla con un amigo que acaba de perder la vista:

«¿Quién resistiera  
tamaño desconsuelo, por sufrido,  
si otra luz para el alma no existiera?  
Ella compensará la que has perdido,  
y pues la senda ya de la experiencia  
en su trozo mayor has recorrido,  
recibe como un bien esa existencia  
que al entornar tus fatigados ojos,  
a solas te dejó con tu conciencia.  
Tiemble aquel que se oculta con sonrojos  
de si mismo, y la sombra ve poblada  
por los espectros del delito rojos,  
no tú: de la conciencia sosegada  
nace una luz más dulce y más tranquila  
que el rosado claror de la alborada.

Hoy que no se refleja en tu pupila  
el rostro de los hombres, dí ¿no sientes  
que al juzgarlos tu sér ya no vacila?  
Èsos hábiles rasgos elocuentes  
que a su faz acomoda con acierto  
el hombre, para tí son transparentes:  
En abstracción perpétua, no al incierto  
mudable gesto miras, y el engaño  
por ojos que no vén es descubierto».

Y más adelante:

«El negro velo  
que ante tus ojos desplegó el destino  
puede el mundo ocultar, pero no el cielo.  
Y el bien perdido encontrarás mezquino  
y aprenderás que al corazón ofrece  
todo humano dolor algo divino:  
Algo que purifica y ennoblece,  
calor de una esperanza que no existe  
más que en el pecho aquel que la merece».

Toda la composición se mantiene a esa altura, y hasta la falta de lima que en algunos versos puede advertirse, le dá un tono de verdad que aleja toda sospecha de invención artificiosa. No, aquello no es un tema desarrollado para lucir el ingenio; es una verdadera carta de consuelo, y de eso dá testimonio la misma naturalidad con que unos pensamientos nacen de otros, y todos ellos de la situación fundamental.

Después del moralista oid al pensador (y

no reparéis en la irregularidad del segundo verso, facilísima de corregir):

«De cuanto consiguió forma animada  
deslízase la universal corriente  
sometida a la voz que de la nada  
hiciérala surgir.

Ni un solo ser la temeraria frente  
contra esa voz levanta en són de guerra,  
ni de su breve paso por la tierra  
cuanto pide inquiriendo el porvenir.  
El hombre, solo el hombre, en cuyo seno  
de la inmortalidad el germen late;  
el hombre, extraña unión de luz y cieno,  
de la virtud y el mal.

Consigo mismo en singular combate,  
las horas mide con angustia inmensa,  
Y ante la esfinge silenciosa piensa  
Lo que su arcano guardará fatal.

. . . . .  
Mas feliz de las selvas el alado  
cantor, modula el trino melodioso  
de un amor por la duda no empañado,  
sin mañana ni ayer.

¿Por qué temer al porvenir dudoso?  
al beso de la dulce primavera  
entrégase al amor la tierra entera  
sin pensar que el invierno ha de volver.  
¿Por qué no hacerlo así? Toda la vana  
ciencia del hombre, en el crisol, no arroja  
un átomo de luz de esa mañana  
que amaneciendo está..

¡Oh corazón! quizá la postrer hoja  
doblando estás del libro de la vida;  
pero canta: la estrofa interrumpida  
en más alta región continuará».

El lector habrá visto que en nuestro poeta,  
los pensamientos más graves van siempre en-  
carnados en la imagen y animados por el sen-  
timiento,

El hombre que tan alto juicio muestra, tie-  
ne también en alto grado a la imaginación  
que da cuerpo a las ideas. A sus ojos se pre-  
senta la naturaleza como un conjunto de se-  
res animados.

Por lo demás, eso que hasta hoy ha sido  
una mera ficción de la poesía, tarde o tem-  
prano concluirá por ser una axioma de la  
ciencia.

Para Ricardo Gil todo tiene voz; hasta el  
silencio canta en sus estrofas:

«Frasas de melancólico misterio  
llenan del apacible cementerio.

El silencio tenaz;  
Promesa dulce de futura suerte.

El eterno silencio de la muerte  
es un himno a la paz.»

A veces su imaginación se explaya en per-  
sonificaciones de grande hermosura y de pro-



fundo sentir. Tal sucede en la composición sin título que lleva el número XVI. El poeta, vagando por el monte al expirar el día, compara la profunda serenidad de la naturaleza con la agitación de su espíritu atormentado por amargos recuerdos, y se lamenta de no haber encontrado nunca una mano amiga que aliviara sobre sus hombros la pesadumbre de la vida. Una voz, respondiendo a sus quejas, le acusa de ingrato:

«Alcé los ojos, y ante mí, de esbelto  
gentil mancebo, con asombro mudo  
ví levantarse la arrogante sombra...  
en un girón de niebla medio envuelto  
y el blanco pié desnudo  
posando apenas en la verde alfombra.

Era su aspecto sosegado y grave;  
en su frente de nácar esplendía  
la palidez intensa de la luna,  
y su voz recordaba la süave  
rimada melodía  
que mece al niño en su tranquila cuna»

El sueño (por que él es) enumera los beneficios que suele prodigar al hombre, permitiéndole olvidar todas sus penas, calmar todas sus inquietudes, realizar con la ilusión

todas sus ambiciones; y el poeta concluye por reconocer, que en la vida

otra dicha no halló que la soñada.

Como se ve, la imaginación de nuestro autor no es una vagabunda dirigida por el capricho. «La loca de la casa» no se pierde aquí por sendas extraviadas: su marcha, aunque libre, tiene siempre un objeto conocido, y ese no determina la idea generadora de cada composición. La razón dá de antemano a la fantasía el núcleo donde se ha de hilvanar su hilo mágico y la urdimbre donde ha de tejer sus vistosos arabescos.

Conocido el espíritu y la materia de estas creaciones poéticas, solo falta hablar del calor con que el poeta sabe vivificarlas.

El sentimiento de Ricardo Gil, no se reduce a un solo orden de emociones; todo cuanto es digno de simpatía hace vibrar las fibras de su corazón como las cuerdas de un arpa eólica.

Oidlo ante una cuna vacía, donde yace el último juguete del niño que para siempre la abandonó:

«En las nevadas ropas medio escondido  
de aquel lecho revuelto y abandonado

donde el pobre inocente tanto ha sufrido,  
el último juguete yace olvidado.

Al verlo, tibio llanto los ojos llena,  
recordando del ángel la breve historia.

Báñalo en paz la tarde con luz serena,  
y en el vecino templo tocan a gloria.

.....

Tal vez fué deseado con ese ardiente  
afán que es de las almas fiebre y locura,  
y solo llegó a manos del inocente  
cuando ya le esperaba la sepultura.

.....

¿Quién abrevió sus horas negras y amargas?

¿Quién de su blanca frente disipó el ceño?

el enfermo en las noches de insomnio largas  
abrazado al juguete concilió el sueño.

Si la caja con forro de blanca seda,

postrer nido del ángel, es reducida,

haced otra más grande para que pueda

guardar lo que él amaba más en la vida.

.....

Morir bajo el influjo de aquel encanto

fué robar a la muerte dulce victoria.

Por eso, aunque los ojos arrasa el llanto,

por eso las campanas tocan a gloria.»

—Pero, ¿y el pensamiento? — dirá algún  
lector demasiado exigente. — ¡Oh! Con Ricar-

do Gil no temáis nunca la deserción del pensamiento. Ahí lo tenéis:

«Risueñas esperanzas, falsos cristales  
que el deseo en diamantes transforma ciego,  
¿qué soís sino juguetes que los mortales  
ambicionan, consiguen y rompen luego?  
Y cuando ya al sepulcro se ven cercanos,  
¿qué soís para los hombres? Peso importuno,  
restos no más de aquellos juguetes vanos  
que ellos mismos rompieron, uno por uno.  
Feliz quien en su seno guarda y abriga  
el brillador juguete breves momentos,  
si a sorprenderlos llega la muerte amiga  
antes que de sus manos caiga en fragmentos.»

Eso es pensar, pero pensar como artista,  
sin que la reflexión sofoque al sentimiento.  
Así el poeta vuelve a surgir más poeta, es decir,  
más conmovido que nunca ante el objeto  
de su emoción. Oid:

«Ahí está. Con lenguaje sencillo y mudo  
del niño nos recuerda la breve historia.  
El último juguete romper no pudo...  
Bien haces, compañero, tocando a gloria.»

Ya lo véis: en las poesías de Ricardo Gil  
los pensamientos secundarios nunca son  
adornos sobrepuestos, sino consecuencias  
naturales de la misma emoción.

A veces aparecen en medio de la pasión

sin detenerla ni desviarla sino dándole más resonancia, como esas rocas que azotadas por la corriente hacen hervir las aguas de un río impetuoso.

Así, en la hermosa composición titulada *Mañana*, refiere el poeta la historia de unos amores que fueron su delicia y su tormento, gracias a una promesa siempre renovada y nunca cumplida; y después de pintar las noches sin sueño en que, anticipando con la imaginación el placer esperado, repasaba en la memoria las perfecciones de la mujer querida, dice de pronto, sin enfriar con ello el efecto de su apasionada enumeración:

«Tal vez de mi pasión en los antojos  
su belleza aumentaba peregrina.  
que siempre excede a lo que ven los ojos  
lo que el alma adivina.  
Pero de aquel tesoro único dueño  
era merced a crédula esperanza.  
¡Oh placer! Nunca fuiste tan risueño  
que visto en lontananza.»

La emoción de nuestro poeta siempre es sincera y profunda, pero casi siempre reprimida, con lo cual, lejos de debilitarse, adquiere la fuerza de un licor reconcentrado. La delicadeza es uno de los modos que tiene de funcionar la fuerza.

A veces, sin embargo, la amargura reboza el corazón, como en la sentidísima poesía titulada *La una de la noche*. No cito nada de ella, porque necesitaría copiarla íntegra. En el mismo caso están otras de las mejores que contiene el libro.

Desmenuzar las obras de un poeta como Ricardo Gil no es dar idea de su mérito. Despedazada de ese modo, desaparece uno de sus principales méritos: la composición. Nadie supera a nuestro poeta en la elección de asunto ni en la distribución de las partes que cada uno da de sí. Sus temas son siempre poéticos, su composición es siempre lógica, es decir, acomodada al fin que se propone, y ese fin nunca deja de ser artístico, aunque la obra resulte además iluminada por algún pensamiento profundamente moral. El sentimiento da calor a todas sus palabras, y el estilo es siempre un ropaje flexible que se ciñe al pensamiento del modo más conveniente para modelar sus formas sin desfigurarlas

Escrupulizando demasiado, podría señalarse en su lenguaje algún modismo más usual en Murcia que en Castilla, y hasta algún consonante falso, por efecto de la pronunciación viciosa que los murcianos damos a ciertas letras. Todo ello es cosa de tan poca

monta, que en cinco minutos puede quedar corregido.

La versificación es fácil, flúida, y en general bien entonada, conforme a la índole de cada asunto. Sin embargo, Ricardo Gil, como Quintana y como Leopardi, es de los que nunca sacrifican el pensamiento en aras del oído.

En su palabra, aunque melodiosa, pudiera echarse de menos alguna vez la robusta entonación de Núñez de Arce, el aliento varonil de Palacio, la cadencia musical de Grilo, el timbre argentino de Ferrari, la cristalina sonoridad de Velarde. De todo eso hay, sin embargo, a veces en la poesía de Ricardo Gil. Pero sobre todo domina en ella, no sé qué acento simpático que llega al corazón, como la veladura de voz con que Vico logra comunicarnos los matices más delicados del sentimiento.

Diríase que Dios formó a nuestro poeta para hablarnos al oído con la comunicativa efusión de la intimidad.

No creo, sin embargo, que fuera del arte sea la intimidad su fuerte. Yo, al menos, a pesar de la estimación que le profeso, lo he visto una, dos y así sucesivamente hasta tres veces en el transcurso de treinta y tantos años; es decir, en el de toda su vida. Verdad

es que los de aquella tierra no nos distinguimos por lo pegajosos. Nadie, pues, podrá decir que me ciega la amistad ni que alabo por compromiso. Entre todos los lectores de *El Imparcial*, a ninguno sorprenderá este artículo tanto como al interesado.

Quizá ese carácter retraído, mezcla de sincera modestia y de legítima dignidad explica el hecho extraño, de que poeta de tanto vuelo después de cinco años de publicadas sus obras, siga tan oscurecido como antes de la publicación. Los libros de versos rara vez se reciben sin recelo: ¡dan cada chasco!... Sólo así se concibe que de las seis u ocho personas cuyo voto podía recomendarlo a la atención del público, solo una haya dado muestra de recordar el nombre de Ricardo Gil. Ahora, decidme si no me sobraba motivo para anunciaros que algo inverosímil hallaríais en mi relación.

Pues bien: ya que conocéis, aunque a la ligera, al hombre, puedo ampliar mi dictámen, sin temor a ser desmentido. Os anuncié un poeta notable y os he presentado un insigne poeta, digno de figurar entre los pocos que hoy merecen ese título en España.

Tal es mi opinión. Suponiendo que jueces más competentes consideren exagerado este



juicio, habré de reconocer mi absoluta incompetencia, porque si el libro de Ricardo Gil no es poesía y de la mejor, declaro con sinceridad, que ni sé ni he sabido nunca qué cosa es poesía.

FEDERICO BALART



## LA ILUSTRACIÓN NACIONAL <sup>(1)</sup>

Sr. D. Federico Balart.

MI querido consonante: Ya ve usted que comienzo esta carta apoderándome de la calificación afectuosa con que usted acostumbra a saludarme; y de paso observará la honra que nos cabe en que nuestros apellidos, es decir, el apellido de usted y el mío, terminen en t, pues en esta misma letra termina el de Manuel Kant, que quizá es el mayor filósofo de la edad moderna; el de Mozart, el primero entre los primeros compositores de música de

---

(1) 26 de Septiembre de 1890.

Alemania; el del gran pintor Makart, y descendiendo de estas altísimas cumbres de la ciencia y del arte a los llanos de Castilla, nos encontraremos a Roberto Robert, el ingenioso censor de los tiempos pasados, y con Rafael M. Baralt, el venezolano español que en todo lo que escribía daba señaladas muestras de su claro ingenio y de sus enciclopédicos conocimientos.

Basta de matemáticas, esto es, basta de introducción, quizá demasiado larga para esta misiva que procuraré que sea corta. Es el caso, amigo mío, que aun cuando ya hace años que mi edad me aleja de juveniles aficiones, yo sigo teniendo ciertos amores — y no lo tome usted a mala parte — más propio de los jóvenes que de los hombres ya maduros o pasados, a cuya respetable clase tengo la desgracia de pertenecer. Entre estos amores cuento yo mi afición a la poesía, que hoy es considerada por muchos como fútil recreo del espíritu, en que sólo pueden emplear su caletre los estudiantillos que consiguen obtener la nota de suspenso, las niñas cursis que sueñan en la felicidad del amor puro y desinteresado: *tu amor y una cabaña*, como dijo no sé quién, no sé dónde. Este amor mío a los versos, este amor mío a la forma poéti-

ca, (que está llamada a desaparecer, al decir de hombres sesudos) me llevó a hojear un libro de versos que hace tres o cuatro años ví en manos de una señora amiga mía. Aquel libro eran las poesías de Ricardo Gil, que me parecieron muy bellas, pero... aquí entra la confesión de un pecado o la proclamación de una virtud. Oígame usted y júzgueme.

Yo me pregunté cómo era posible que un poeta, un verdadero poeta, como sin duda alguna lo es Ricardo Gil, estaba desconocido, no sólo del público si no también del escaso círculo de aficionados a las musas—estilo antiguo—que hemos resistido a los estragos de la moda antipoética que hoy reina en el mundo literario. Temí engañarme, desconfié de mi juicio, y no tuve resolución bastante para escribir un artículo diciendo lo que pensaba acerca de las poesías del señor Gil. Seguramente que este artículo hubiera sido muy inferior en mérito al que usted ha publicado en *El Imparcial* del lunes 15 del actual mes de Septiembre; pero al fin y a la postre, yo también habría afirmado, como usted lo hace, que Ricardo Gil es «uno de los poetas más notables y menos notados que ha producido España en nuestros días».

¿Fué fundada modestia lo que me impidió

proclamar la singular valía de los versos que escribe Ricardo Gil, o fué la censurable soberbia que no quiere aventurarse a reñir batallas con la opinión pública, la que me hizo guardar silencio en la referida ocasión? Sea de esto lo que quiera, sin duda alguna que Ricardo Gil ha ganado mucho con que sea usted y no yo, quien ha presentado al público, con todo el elogio que merece, la colección de sus inspiradas poesías...

LUIS VIDART

## CARTA INTIMA

Querido amigo Ricardo:

POR ¡fin! Casi con más razón que a Fernando VII la gente de la guerra de la Independencia, pudiéramos los amigos llamarle a este su libro el *deseado*. Y en verdad que ha cumplido mis deseos mucho mejor que aquel monarca cumplió los de su gente. Es un libro hermoso por todos conceptos: la edición corresponde a la elegancia de las poesías; cosa de V. no podía salir menos atildada. Lo he devorado en cuanto me lo ha entregado N. Me lo entregó en la calle, donde me encontró

al ir para mi casa; me metí en el Casino, corté enseguida las hojas, reuní a unos cuantos *amateurs* de lo bueno, menos preocupados que otros con la batalla electoral, y allí les hice saborear, gozando yo más que ninguno las primicias de su lectura. Por voto unánime se le aclamó a V. el primer poeta murciano, muerto Selgas. Hubo quien se entusiasmó hasta el punto de tener que limpiarse los ojos. Luego he leído DE LOS QUINCE A LOS TREINTA otras dos veces, y nunca solo. Dentro de poco me sabré las mejores composiciones de memoria. Es el único modo como puedo yo asociarme a su triunfo. Este pequeño que el libro ha conseguido ya aquí debe halagarle, considerándolo parte del éxito que ha de alcanzar en el gran público. Quizá para la crítica del periodismo diario, pase inadvertido por la urañería de V.; pero yo estoy seguro que su perfume, como el de la violeta, ha de denunciar su mérito, aunque él no quiera, a los olfatos delicados.

Lo de la violeta es comparación propia solo hasta cierto punto, porque su libro de V. (se lo he de decir) afecta una modestia nada humilde: sin prólogo ni dedicatoria, ni notas, ni advertencias, tiene algo de la soberbia desdeñosa del misántropo. Ni siquiera ha querido



V. indicar que varias de sus buenas composiciones fueron premiadas en los certámenes de Fuentes: ¿es que ha leído V. la *Regenta* de Clarín y ha temido evocar el recuerdo de Cenón Cármenes, el poeta de Vetusta que siempre se llevaba la flor natural? La falta de prólogo me la explico: ningún prólogo en prosa sería tan notable como la *Invitación* a los lectores, ni apreciaría tan justamente el carácter de las poesías, ni diría tan delicadas cosas y tan bien, ni me movería de tal modo el deseo de alargar la copa al ánfora inclinada. Bueno es el vino, cuando el vino es bueno, cuando como el de V.

«disipa en un instante  
todo amargor del labio que perfuma  
cual se disipa, en círculo brillante  
al estallar, su espuma»

Esta invitación es preciosa. El título del libro explica, en efecto y justifica la variedad de la colección que luego sigue. Las composiciones antiguas veo que las ha retocado y acicalado V. primorosamente; aquellas se distinguen más que nada por la ternura y el color. Las nuevas son, naturalmente, más propias de los treinta años; son las de la virilidad de su genio poético; frutos ya mejor que flores, demuestran un pensamiento maduro, un

gusto acendrado y un dominio completo de la forma.

Manolo Multedo, que ahora está aquí, recién venido de Bolonia y me habla mucho *del* Cárducci, me recitó anoche unos versos italianos de éste, en que pinta cómo su anhelo de poeta es perseguir «la estrofa alada». Pues aladas son ya sus estrofas de V. ¿No parece que vuela de veras ésta, que me aprendí enseguida:

«¿Podéis hacer más blanca la azucena?  
más claro el manantial que sobre arena  
silencioso resbala?  
más tierno de la tórtola el arrullo?  
más imponente el reto que en su orgullo  
borbota el mar cuando la nube escala?...»

Pero es chistoso que yo le cite a V. sus propios versos. Muchas como ésta hay que honrarían al mismo Núñez de Arce, el poeta de la forma clásica. Y muchas vuelan, no «con alas de golondrina», señor don Ricardo.

Quisiera poder hacer una crítica de su libro; yo tengo ya, como V. sabe, la obligación de ser pedante.

Ahora, si desea V. saber qué composición me ha llenado más va V. a saberlo. No es la de *El sueño del león*; ni la de aquel dulce mancebo, que al expirar una serena tarde de

verano, cuyo sopor se siente, se le apareció a V.,

«en un girón de niebla medio envuelto  
y el blanco pie desnudo  
posando apenas en la verde alfombra;»

ni la bellísima *A la Patria*; ni la que tan gallardamente comenta el *Y vió que era bueno* de la Biblia; ni la que glosa el *Morir Tenemos* de los trapenses, que tiene trozos de primer orden; para mí la poesía del tomo, la de los treinta años (quizá porque yo también acabo de cumplirlos) es la de la *Fortuna*; en esta es donde yo veo cifrada y como quintaesenciada toda su inspiración poética. Los treinta años, más que desengañados, despechados. ¡Qué sentimiento tan legítimamente lírico, y qué vestidura tan delicada y elegante! ¡Ay! Amigo Ricardo, quien sabe hacer un libro así, no debe estar descontento de la suerte. Pues y el que apenas sabe explicar dónde cometen Vdes. una sinécdoque o una metonimia?

. . . . .

Suyo aftmo.

ANDRÉS BAQUERO ALMANSA



## DE «LA NUEVA ANTOLOGÍA»

(TRADUCCIÓN DEL ITALIANO)

UN temperamento de poeta es Ricardo Gil. La delicadeza y la elegancia son la nota más característica que encontramos en su poesía. La forma parece derivada en parte de la de Zorrilla; abunda en imágenes, color y sonoridad, sin alcanzar la superabundancia del gran maestro. Como éste, es aficionado a los asuntos románticos y de carácter árabe. Una de sus mejores composiciones se titula *La Guitarra Murciana*, descrita en aquel metro lánguido y dulce con que Zorrilla produjo efectos maravillosos en su espléndida poesía de la *Siesta*. Me voy a permitir reproducir aquí

alguna estrofa con el mismo metro del original, pudiendo en mi opinión transplantarse con fruto, por algún genio de poeta a nuestra poesía:

La ghitarra e moresca — reca il acento  
languido e innamorato — d'Andalusía;  
reca il sospiri tutti — del sentimento  
reca le chiavi tutte — dell'armonía;  
il suo suono ersabondo — vien sonnolento  
come ceruco raggio — di luna pía  
s'effondon, grate  
le sue note fantastiche  
e profumate.

A veces, como en la poesía titulada *La una de la noche*, el señor Gil ha sabido expresar con la ternura melancólica de Lamartine, la voz de la campana y de los sueños; otras, como en la composición titulada *Humo*, vierte un dejo de amargura moral en versos suaves y ligeros, que recuerda, a quien lo aspira, esos efluvios que despide un ramillete de rosas que se marchitan.

Es Gil un poeta amante de los sonidos más ténues y delicados, complaciéndose en dar a sus confecciones una forma pura y transparente, aunque sólida, que se acuerda admirablemente con el idealismo lírico de sus poesías. Ricardo Gil es en verdad el mejor de

los poetas jóvenes españoles; de lamentar es que no haya publicado más que el mencionado volumen, el cual, a pesar de todo su valor, no contiene por completo el ingenio de este poeta.

G. A. CESÁREO





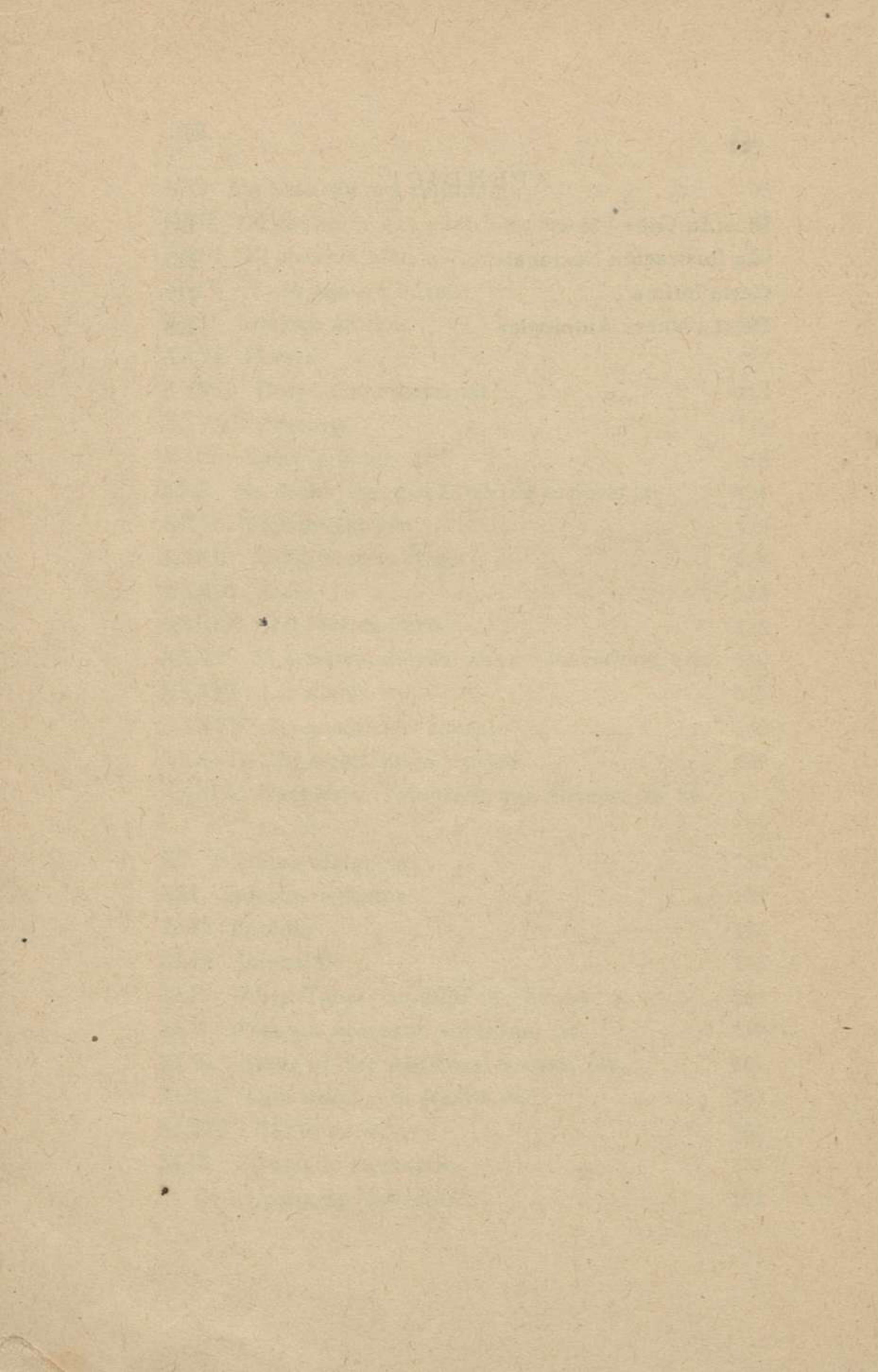
## INDICE

	<u>Pgs.</u>
Al lector . . . . .	III
I Invitación . . . . .	3
II El último juguete . . . . .	9
III A una hermosa que cojea . . . . .	13
IV Si alguna vez a mi escondida puerta . . . . .	15
V La una de la noche . . . . .	21
VI Después de la lluvia . . . . .	27
VII Humo . . . . .	35
VIII El sueño del león. . . . .	37
IX La guitarra murciana . . . . .	41
X Del Murcia-Granada . . . . .	47
XI Las estrellas errantes . . . . .	49
XII Flor de invierno . . . . .	53
XIII A la Patria . . . . .	55
XIV Dime, Amor, es justo etc. . . . .	61
XV La víspera del combate . . . . .	67
XVI Por angosto sendero que serpea . . . . .	71
XVII Yo sé que te enojas, etc . . . . .	77
XVIII Morte morieris . . . . .	79
XIX Por qué amargan las adelfas . . . . .	89
XX Permita Dios que inextinguible fuego, etc. . . . .	93

	<u>Pgs.</u>
XXI Un beso dulce y cálido, etc . . . . .	95
XXII De ese amor que cual lámpara sagrada, etc.	97
XXIII El elefante blanco . . . . .	99
XXIV Y vió que era bueno. . . . .	103
XXV Los tres amores . . . . .	107
XXVI Pereza . . . . .	111
XXVII Despotismo maternal . . . . .	113
XXVIII Mañana . . . . .	115
XXIX Tiene la bella, etc . . . . .	119
XXX No dudo Juan que tu virtud merece. etc. .	121
XXXI Transmigración. . . . .	123
XXXII Epístola a un ciego. . . . .	125
XXXIII Odio . . . . .	133
XXXIV Del Murcia-París . . . . .	135
XXXV Si arrastrando vas, alma, esta cadena, etc.	139
XXXVI Las almas solas . . . . .	141
XXXVII Lo que dice el silencio . . . . .	145
XXXVIII El espejo de la Verdad . . . . .	149
XXXIX Despierta, voluntad, que siempre es ho- ra, etc. . . . .	151
XL Siempre distantes . . . . .	153
XLI Ignotus Inglorius . . . . .	155
XLII Envidia . . . . .	157
XLIII Imposible . . . . .	161
XLIV Aben-Taher, caudillo de Mursiet . . . . .	163
XLV ¡Una voz acatando soberana, etc. . . . .	179
XLVI Amar al Ser Altísimo es orar, etc. . . . .	181
XLVII Dios mío ¿será grande, etc. . . . .	183
XLVIII Canto de amor . . . . .	185
XLIX En siendo yo grande. . . . .	187
L Dos versos de Lamartine . . . . .	191

APÉNDICE

Ricardo Gil. . . . .	197
«La Ilustración Nacional» . . . . .	213
Carta íntima . . . . .	217
De «La Nueva Antología» . . . . .	223



## ERRATAS

<u>Páginas</u>	<u>DICE</u>	<u>DEBE DECIR</u>
22	con labios del alma murmuro	con los labios del al- ma murmuro
68	no te entristezcas ma- dre	no te entristezcas ma- dre mía
106	tristsmente	tristemente
108	tu amor las demás...	tu amor que las de- más...
131	compadece	compadeces
188	exrtaños	extraños
194	triste	trino





